

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

yo llenaré ese ataúd

KEITH LUGER



Se estaba celebrando el funeral por el eterno descanso de Clark Dalton y el acto constituía un gran éxito de público.

La sala de ceremonias de Johnson y Johnson, empresa de pompas fúnebres, estaba casi repleta.

En primera fila estaba la viuda.

Era una viuda maravillosa y, si en la sala sólo hubiese estado ella, también podría haberse dicho que estaba llena, tal era su belleza, su prestancia y, sobre todo, la esbeltez de sus curvas.

Doris Dalton se había preparado especialmente para aquel acto. Lucía un delicioso vestido de encaje, una sinfonía en negro, que contrastaba con el color rojizo de su cabello, verdaderas llamaradas de fuego alrededor de un rostro de facciones sensitivas.

Publicada por Editorial Bruguera, en la colección Punto Rojo con el número 176, en el año 1965.



Keith Luger

Yo llenaré ese ataúd

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1332

ePub r1.0

Lds 04.09.18

Título original: *Yo llenaré ese ataúd*

Keith Luger, 1976

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Se estaba celebrando el funeral por el eterno descanso de Clark Dalton y el acto constituía un gran éxito de público.

La sala de ceremonias de Johnson y Johnson, empresa de pompas fúnebres, estaba casi repleta.

En primera fila estaba la viuda.

Era una viuda maravillosa y, si en la sala sólo hubiese estado ella, también podría haberse dicho que estaba llena, tal era su belleza, su prestancia y, sobre todo, la esbeltez de sus curvas.

Doris Dalton se había preparado especialmente para aquel acto. Lucía un delicioso vestido de encaje, una sinfonía en negro, que contrastaba con el color rojizo de su cabello, verdaderas llamaradas de fuego alrededor de un rostro de facciones sensitivas.

A su derecha estaba Bruce Allison, el hombre con el que, indudablemente, Doris se habría casado de no haber surgido inesperadamente en la vida de ambos un hombre, Clark Dalton.

Pero ahora Clark Dalton había abandonado aquel valle de lágrimas, y para ello eligió una forma muy aparatosa al estrellar su coche a la velocidad de ciento setenta y cinco kilómetros por hora contra un muro de cemento.

El reverendo Hamilton estaba pronunciando unas sentidas palabras antes de que se precediese a la inhumación del que en vida había sido Clark Dalton.

Ya se oía el zumbido del horno en el que los restos serían cremados.

—Polvo fuimos y en polvo nos convertimos —decía el reverendo Hamilton.

Doris sollozó y Bruce Allison le puso una mano en el brazo con una gran delicadeza.

—Bruce, estoy pensando en el ataúd.

—¿Cómo?

—Quiero decir que de Clark debe quedar muy poquito ahí dentro.

Bruce Allison, alto, bien parecido, elegante, enarcó una ceja, la izquierda. Diablos, Doris tenía razón. Probablemente el ataúd sólo contendría unos trocitos de Clark Dalton. Quizá una pierna, un brazo y alguna cosilla más.

—Querida —dijo—, ¿qué importa lo que quede de él? Se ha ido entero al Cielo.

—¿Tú crees? —repuso Doris, que era una chica muy ingenua, cualidad que Bruce Allison admiraba aparte de la belleza y de la hermosura.

Bruce se pasó un dedo por debajo de la nariz. No estaba muy seguro de que Clark Dalton se hubiese ido al Cielo. Por lo que a él se refería, lo hubiera mandado con Satanás. Al menos, por una temporada. Clark le había quitado la única mujer que él había amado, y eso no se lo podía perdonar aunque hubiese quedado a pedacitos.

Sin embargo, dijo:

—Querida, fue un buen esposo y un buen amigo.

—Gracias, Bruce. Tus palabras son conmovedoras...

Bruce esbozó una sonrisa mientras daba unas palmaditas en el brazo de Doris. La frase le había salido redonda, aun cuando fuese un maravilloso ejemplo de hipocresía.

El reverendo Hamilton continuaba su sentida plática.

De pronto, Doris arrugó el ceño y se puso un dedo en los labios.

—¿Qué te pasa, Doris? —dijo Bruce—. ¿Te encuentras mal?

—No. Sólo estaba pensando.

—¿En qué?

—En el pobre Clark... ¿Adónde iría él a esa velocidad?

Bruce creyó llegado el momento de empezar a aclarar un poco las cosas.

—Apuesto doble contra sencillo a que iba a correr una de sus juergas.

—¡Bruce! —exclamó Doris, con reconvención.

—Doris, tú sabías quién era tu marido. Es inútil que tratemos ahora de ignorar cuáles eran sus gustos.

—Bueno, aunque fuese un poco voluble, ahora debo perdonárselo todo.

—Tienes un corazón generoso, querida.

—Tú sabes cuánto lo adoraba.

Bruce sonrió enseñando los dientes. Sí, él sabía la pasión que Doris había sentido por Clark. Para decirlo con las palabras exactas, Doris se había vuelto loca por Clark en el mismo momento que lo conoció.

De pronto, alguien situado a espaldas de Bruce y de Doris se puso a sollozar.

Algunos invitados volvieron la cabeza y también la volvió Bruce.

—¿Qué pasa, Bruce? —inquirió Doris.

—Una mujer está llorando.

—¿Crees que estoy sorda? Claro que está llorando. ¿Pero por qué llora?

—Indudablemente, debe ser una de esas mujeres con las que Clark acostumbraba a divertirse.

—Te prohíbo que seas inmoral, Bruce.

—¿Te habló Clark alguna vez que tuviese una hermana?

—No.

—¿Algún otro familiar?

—No. Era sólo en el mundo.

—Entonces, creo que no existe otra explicación. Esa mujer significaba algo en la vida de Clark.

—No me importa —repuso la viuda, levantando la barbilla.

—Muy bien.

Pero apenas habían pasado tres segundos, Doris preguntó:

—¿Cómo es ella?

—Muy bonita.

—¿Qué más?

—Veinticuatro o veinticinco años. Una preciosidad... Todo en ella es perfecto, desde la cabeza a los pies.

—¿Viste elegante?

Bruce carraspeó.

—Debo criticar su forma de vestir, querida.

—¿Por qué?

—Lo que lleva puesto es más apto para interpretar un número de *music-hall* que para asistir a un sepelio.

—Pero ¿qué es lo que lleva?

—Una insultante combinación. Suéter rojo y falda negra, pero lo peor es que el suéter y la falda están tan adheridos a su piel que parecen formar parte de ella.

—Bruce, estás en tu peor día como crítico corrosivo.

El reverendo Hamilton estaba dando los toques finales a su plática.

—Hermano —dijo, mirando al ataúd que estaba sobre el túmulo—, los que te amaron, siempre te tendrán en la memoria.

Los sollozos de la desconocida se hicieron más sonoros.

—Oh, Clark —pudieron oír todos—, ¿por qué te fuiste?

—Bruce —dijo Doris.

—¿Qué pasa?

—Trae a esa mujer aquí...

—¿Qué?

—Si siente tanto la muerte de Clark, tiene derecho a estar junto a mí, que soy su esposa.

—Pero, Doris, eso es absurdo.

—Obedece. Ve por ella.

—Pero qué dirá la gente.

—Tú sabes que nunca me ha preocupado la gente. Trae a esa mujer aquí.

—Está bien, haré lo que tú quieras...

El reverendo Hamilton bajó de la pequeña tarima desde donde había pronunciado su discurso.

Los inhumadores debían realizar el último trabajo. Meter en el horno el ataúd que contenía los pocos restos de Clark Dalton.

Bruce regresó con la joven que lloraba junto a Doris. Era una rubia trigueña de cara avispada y bella.

—¿Es usted la señora Dalton? —inquirió la desconocida.

—Puedo mostrarle el certificado de mi matrimonio 8 —con Clark— contestó Doris admitiendo que aquella muchacha era muy atractiva.

—No hace falta, señora Dalton. La creo y la acompaño en el sentimiento.

—Yo también la acompaño en el sentimiento porque al parecer, compartíamos a Clark, señorita...

—Paula, Paula Crook.

—Paula, qué bonito.

—Doris también lo es.

—Gracias, Paula.

Dos empleados larguiruchos, de negro, con aspecto de pasar mucha hambre, salieron por una puerta, empujando los dos una mesa rodante. Se diría que no tendrían fuerzas para llegar hasta el ataúd.

Paula Crook dio un suspiro.

—Qué simpático era Clark, ¿verdad, señora Dalton?

—Oh, sí, mucho.

—Nunca encontré un hombre como él... Se lo juro.

—Yo tampoco —convino Doris.

—Tiene que contarme cosas de Clark, señora Dalton.

—Usted también a mí.

Paula Crook sonrió.

—Pues me dice el día que quiere que nos reunamos y ya está.

—Gracias, Paula. Creo que vamos a ser buenas amigas.

—Yo tampoco lo dudo, señora Dalton. Si me permite decirlo, me es usted muy simpática.

—Usted también lo es, querida.

Bruce Allison no se perdía una palabra y no quería dar crédito al diálogo entablado entre las dos mujeres. Pero ¿qué clase de suerte tenía aquel bribón de Clark? Resultaba que, al mismo tiempo, tenía a dos mujeres, Doris y Paula. ¿Des? Bueno, se quedaba corto, seguro que eran tres, cinco, o quizá una docena.

—Señora Dalton —dijo ahora la rubia Paula Crook—. Quería preguntarle una cosa.

—Pregunte, querida, pregunte.

—¿Sabe si murió en el acto? Ya sabe, por si dijo algo de mí antes de morir...

—Lo siento, Paula. Pero según parece, el policía que llegó al muro sobre el que mi marido embistió con el auto, vio muchas cosas esparcidas por el suelo, y le costó mucho trabajo saber si pertenecían al coche o a Clark.

—¡Dios mío, como al tío Johnny!

—¿También murió de accidente? —preguntó Doris curiosa.

—No. De una explosión. Trabajaba en una cantera y se fue a colocar encima de un barreno poco antes de que explotase.

Imagínese, tuvimos que celebrar el funeral dándole por presente.

—Lo siento por su tío Johnny.

Paula sonrió agradecidamente.

—Con su permiso, me pondré ahí detrás para no molestar.

—Usted no molesta, querida Paula —repuso Doris.

Paula asintió con la cabeza y se quedó junto a Doris.

Los tíos escuálidos empleados de la funeraria parecían tomar las medidas del ataúd antes de ponerlo en la mesa rodante en que tenían que llevarlo al horno crematorio.

Bruce habló por la comisura de la boca.

—Doris, no lo puedo creer.

—Pues tienes que convencerte. Clark está muerto.

—No me refería a Clark, sino a esa mujer, a la rubia. ¿Es que no te das cuenta? Clark te engañaba.

—Eso ya lo sabía.

—¿Cómo?

—Querido. Clark tenía sus defectillos, y cuando me casé con él, supe que tenía que aceptarlo tal como era...

—Pero cometió adulterio.

—Eso no está probado.

—¿Qué necesitas para convencerte?

—Bruce, Clark está muerto, y ya oíste al reverendo Hamilton. Ahora todo le debe ser perdonado.

—¡No le perdonaré que haya sido un inmoral!

—Si no te vas a comportar como una persona decente pediré que abandones este local.

—De modo que, yo soy el indecente, mientras Clark hacía las mayores barbaridades haciéndote pasar una vida de infierno.

—Te equivocas. —Doris puso unos ojos ensoñadores—. Vivir al lado de Clark fue una maravillosa experiencia... Te aseguro que fui mucho más dichosa de lo que yo podía esperar.

Bruce también sintió deseos de llorar, aunque por distintos motivos de la rubita Paula Crook. ¿Qué clase de mundo era aquél? El sinvergüenza de Clark estaba recibiendo alabanzas hasta después de muerto.

—Bien muerto está —dijo sin darse cuenta de que expresaba en voz alta sus pensamientos.

Doris lo miró con reconvención.

—Bruce, ¿es que también te vas a sentir ahora celoso? Eres horrible, un monstruo.

Bruce se dijo que estaba llevando demasiado lejos aquello. ¿Es que iba a echar a perder el plan cuando su rival Clark había dejado de ser una molestia?

—Perdón, querida —sonrió a Doris y le apretó otra vez el brazo—. Quiero estar siempre a tu lado.

—Gracias, Bruce. Si tú me faltases, no sé lo que sería de mí.

Tales palabras de la viuda fueron como un bálsamo para el corazón de Bruce que, cierto día, hacía poco más de un año, fue destrozado en pedazos cuando Doris le dijo: «Tendrás que buscarte otra chica para salir porque yo me acabo de casar con un hombre que conocí en la bolera». Así había sido de rápido el amor entre Doris y Clark. Se conocieron en aquella maldita bolera, jugaron unas malditas partidas y de allí se fueron a contraer un maldito matrimonio.

Pero ya se llevaban a Clark. Ya se lo llevaban para convertirlo en cenizas.

«Buen viaje, viejo camarada. Me la jugaste bien, muchacho, pero ahora se acabó. Después de todo, ganó el mejor».

Los famélicos empleados de la funeraria estaban empujando la mesa rodante donde viajaba el ataúd.

De pronto, se oyó una voz desde la parte trasera de la sala, al lado de la puerta.

—¡Alto! ¡No pueden hacer eso...! ¡No pueden quemar a Clark Dalton...!

CAPÍTULO II

La aparición de aquel hombre produjo una gran sorpresa entre los reunidos.

Era un joven de unos veintiocho años, no exageradamente alto, de rostro simpático, en donde brillaban unos ojos negros. Su forma de andar y de sonreír indicaba a las claras que era un individuo resuelto.

—¿Quién es, Doris? —preguntó Bruce boqueando como un pez sacado del agua.

—Nunca lo vi hasta ahora.

El desconocido cruzó por el corredor a cuyos lados se encontraba el público y se permitió algún saludo que otro inclinando la cabeza.

Los dos empleados de la funeraria se habían quedado quietos, dejando de empujar su mesa rodante, lo cual les había venido bien porque estaban realizando un gran esfuerzo.

El recién llegado se plantó delante del ataúd y palmeó amistosamente éste, como si fuese un viejo amigo.

—Hermanos —dijo. —Permitidme que me presente... Soy el mago Maha-Kasyapa, y para mí no tiene secretos la vida o la muerte... Quiero hacer un número en obsequio de ustedes y les prometo que luego no pasaré el platillo...

—¡Ese tipo está loco! —exclamó Bruce sin poderse contener.

—¡Silencio! —gritó el hombre que se había presentado como el mago Maha-Kasyapa—. Señores y señoras, tengan en cuenta que mis ejercicios son la mar de arriesgados, y que cualquier interrupción puede costar la vida al artista.

A Bruce le temblaban las manos.

—Doris, admito que Clark tuviese como amigas a chicas de vida

dudosa. ¡Pero un esquizofrénico es demasiado!

El mago se arremangó, agregando sonriente:

—Nada en la mano derecha, nada en la mano izquierda... Damas y caballeros, voy a ejecutar un número sentimental, algo que no estarán dispuestos a creer... En este ataúd hay un muerto porque cada muerto tiene que estar en su ataúd...

Los dos empleados de la funeraria sacudieron la cabeza porque lo que había dicho el mago era muy evidente para ellos.

El mago Maha-Kasyapa apuntó al público con la mano extendida.

—Todos ustedes pueden jurar que aquí hay un fiambre. Muy bien, de acuerdo. ¡Lo hay...! Pero yo, con mi poder mágico, voy a vaciar esta caja... —Se apoyó en el ataúd como si se encontrase ante la barra de un bar y fuese a pedir un *whisky* e inclinó la cabeza sobre él—. ¿Estás ahí, Clark?

Los asistentes al funeral contuvieron la respiración esperando que saliese una voz del ataúd.

Pero no se oyó nada.

—Bueno —dijo el mago Maha-Kasyapa—. Él no puede hablar porque está listo.

Se puso firme y alzó los brazos hacia el techo.

—Oh, gran Purashadamyasarathi, hijo de Mandgalyayama, ilumíname, dame fuerzas para llevar a cabo esta gran transformación del ser en el no ser...

Tieso como estaba, bajó la mano derecha pegando un tremendo golpazo en el ataúd.

Los dos empleados se estremecieron.

—Muerto —dijo el mago—, éste no es tu sitio.

Bruce Allison tenía los puños apretados y hacía rechinar los dientes.

El mago lo miró ceñudo.

—A callar, o lo convierto en una rana.

Bruce fue a protestar de nuevo, pero Doris lo tironeó del brazo.

—Por favor, Bruce, no te pongas en ridículo.

—¿Quién se pone en ridículo?

—Tú con tus interrupciones... Si ese hombre quiere hacer su número, ¿por qué diablos lo has de impedir?

—En cuanto salga de aquí, tendré que pedir una camisa de

fuerza.

El mago levantó otra vez los brazos al techo y cerró los ojos. Pronunció unas palabras tan ininteligibles como los nombres que había invocado.

Permaneció así unos instantes.

Por fin, abrió los ojos.

—Señoras y caballeros..., —dijo con voz solemne—. Este ataúd está vacío.

Se oyó un runruneo, y, por encima de él, la voz de Bruce exclamó:

—¡La camisa de fuerza no será para mí! ¡Ese hombre reunió mayores méritos para conseguirla...!

El mago, sin inmutarse, dijo:

—En la caja ya no hay nadie. El muerto voló.

—Doris —exclamó Bruce—, no consiento que este payaso estropee el funeral de Clark.

El mago Maha-Kasyapa se dirigió a los empleados.

—Muchachos, a trabajar.

—Al horno —contestó el más alto.

—No sea bruto, hombre. Lo que tienen que hacer ustedes es abrir la caja.

—¿Abrirla? Creo que va a ser de muy mal efecto.

—No sean tontos, hombres de poca fe. He dicho que la abran...

—Como usted quiera.

Los empleados miraron a la viuda, la cual les hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

Entonces, los dos hombres delgados se frotaron las manos porque estaban deseosos también de ayudar al mago para rematar su número.

Se pusieron a abrir la caja.

—¿Qué están haciendo esos desequilibrados? —gritó Bruce.

Los dos empleados ya habían abierto la caja y ahora el mago se puso detrás del ataúd y dio un empujón a éste.

La caja se deslizó por la mesa rodante y se derrumbó en el suelo.

Se oyeron muchos gritos femeninos.

El ataúd cayó abierto haciendo crujir la madera.

Y todos los asistentes pudieron ver que allí dentro no había nadie.

El ataúd estaba vacío.

CAPÍTULO III

Bruce Allison se precipitó sobre el mago Maha-Kasyapa.

—¡Devuelva ahora mismo el cadáver!

El mago cruzó los brazos.

—Eso no puede ser.

—¡Claro que puede ser! Usted lo ha hecho desaparecer y usted tiene la obligación de recuperarlo. Sépalo de una vez, amigo... ¡Es nuestro cadáver...!

Entre los asistentes al sepelio había cundido el mayor desconcierto.

Pero no ocurrió lo mismo con los empleados de la funeraria, los cuales aplaudían con entusiasmo al hombre que acababa de realizar aquel número tan estupendo.

Bruce se volvió hacia Doris, que ya llegaba a su lado.

—Doris, dile a ese hombre que no tiene derecho a llevarse el cadáver. ¡Díselo! ¡Hay que quemarlo inmediatamente!

—No seas chiquillo, Bruce. ¿Es que no lo has comprendido? Si ahora en esa caja no hay ningún muerto es porque antes tampoco lo había.

Bruce pestañeó con la boca abierta. Lo que acababa de decir Doris era lógico. El nunca había sido supersticioso. ¿Por qué iba a empezar a serlo ahora?

—Entonces, esto es una estafa... ¡Nos han engañado! ¡Ha sido una farsa!

—Tranquilízate, Bruce.

—¿Cómo me voy a tranquilizar sin saber dónde está Clark...?

El empleado más alto de la funeraria intervino:

—Eh, oiga, creo que la cosa está clara.

—¿Usted cree?

—Conozco lo del accidente... Y tengo la explicación. El difunto se pegó tal tortazo que no quedó nada...

—No diga tonterías, buen hombre... En un accidente siempre queda algo y Clark Dalton utilizó un automóvil para matarse y no un avión a reacción.

La rubia Paula Crook se unió a la viuda y a Bruce.

—Oh, señora Dalton. Creo que estamos de enhorabuena, Clark no está aquí, y puede que esté en otra parte, quiero decir que esté vivo. ¿No le parece?

Bruce se acercó al mago Maha-Kasyapa.

—¿Quién es usted? Y déjese de fábulas.

—Duke Martin.

—Su nombre no me dice nada. ¿Cuál es su profesión?

—Entrometido.

—Ya la suponía, ¿qué más?

—Trabajo de vez en cuando con un agente de Asuntos Varios llamado Patrick Furness.

—Yo te lo puedo explicar todo, Bruce —medió la señora Dalton.

—¿Tú?

—Contraté a este hombre.

Bruce se quedó asombrado.

—¿A Duke Martin?

—Sí.

—¿Y para qué lo contrataste si puede saberse?

—Para que hiciese todo esto, quiero decir abrir la caja.

—¡No!

—Sí, Bruce.

—Pero ¿por qué?

—Esta mañana, alrededor de las nueve, recibí una llamada telefónica.

—¿De quién?

—No lo sé, y tampoco me lo quiso decir a pesar de mis preguntas... Era un hombre.

—¿Qué dijo ése hombre?

—Que el ataúd que habían llevado a la funeraria de Johnson y Johnson y que contenía los restos de mi marido estaba vacío.

—Pero, entendámonos de una vez, ¿quién te informó acerca del accidente?

—Me hicieron una llamada desde Union City...

—Union City está a setenta millas de aquí.

—Ya sé que está a setenta millas... El hombre que hizo la llamada ayer a media tarde, dijo ser el oficial Brix de la Policía de Carreteras. Me rogó que me presentase en Union City para identificar los restos de un cadáver... El señor Brix dijo que me esperaría en el bar Marlowe, en la calle Mayor de Union City... Traté de llamarte para que me acompañases, pero tu teléfono no contestó. Entonces, fui sola a Union City en mi convertible. Efectivamente, el señor Brix me estaba esperando en el bar Marlowe.

—¿Te enseñó su credencial de policía?

—No.

—Debiste pedírsela.

—Yo estaba aturdida, ¿cómo iba a pensar en otra cosa que en el pobre Clark? Entonces me dijo de qué se trataba... Tenía la sospecha de que mi marido había sufrido un accidente a dos millas de Union City... Su coche había chocado contra un muro... El cadáver había quedado muy estropeado. Sin embargo, existían pertenencias que se podían identificar, la cartera, el reloj, un anillo y otras cosas...

—¿Te acompañó a la *morgue*?

—No, no fuimos a la *morgue*. El señor Brix me dio la cartera y todo lo demás que había reunido.

—¿En el bar?

—Sí. En el mismo bar.

—¿Y qué paso?

—Todos los efectos que me mostró pertenecían a Clark. De modo que para el oficial Brix no hubo ninguna dificultad en decidir que el muerto era Clark Dalton, mi esposo.

—¿Y después?

—El señor Brix me preguntó dónde quería que me mandase los restos y yo le dije que a Nueva York, a la funeraria de Johnson y Johnson.

—Me temo que fuiste demasiado inocente, Doris.

—Vamos a la dirección. Quiero telefonear a Union City para hablar con el oficial Brix.

—No hace falta que se moleste —dijo Duke Martin.

Bruce frunció el entrecejo mirando al entrometido porque no había simpatizado con él.

—¿Qué tiene que decir a este respecto, señor Martin?

—Ya me tomé la molestia de llamar a la policía de Union City.

—Vaya, y habló con el señor Brix.

—No hablé con el oficial Brix.

—¿Por qué no?

—Porque no existe tal señor Brix.

—¿Y qué me dice del accidente?

—Tampoco ocurrió tal accidente. Ningún auto chocó contra un muro en las cercanías de Union City.

—¿Entonces?

—Toda la historia es falsa.

—Pero Doris asegura que se vio con ese señor Brix en el bar Marlowe y que el tal señor le mostró la cartera y otros objetos pertenecientes a Clark Dalton.

—Sí. Ya lo dijo ella. Y eso es lo único verdadero de todo el asunto, puesto que ella me ha mostrado esos objetos que recuperó de manos del señor Brix.

Bruce Allison se pasó el dorso de la mano por la mejilla.

—¡Es lo más absurdo que he oído en mi vida!

—Absurdo o no, hemos de admitirlo como real —sentenció Duke Martin.

Bruce se volvió hacia Doris.

—¿Por qué contrataste a Duke Martin?

—Ya te lo he dicho, por esa llamada anónima. Noté algo raro en la muerte de Clark Dalton y quise comprobar si el ataúd estaba realmente vacío. Pero yo no lo podía abrir porque me faltaba valor.

—Pero ¿cómo estaban en poder del tal Brix la cartera, el reloj, y todo lo demás que pertenecía a Clark?

—Es lo que he pedido al señor Martin que aclare.

—¡El señor Martin no es un detective!

—No, no lo es. Pero me informó de él una amiga y todo lo que me dijo fue bueno.

Bruce midió a Martin de pies a cabeza.

—No se ofenda, señor Martin, pero me parece un hombre demasiado vulgar.

—No se ofenda, señor Allison, pero tiene la misma personalidad

que un gusano.

—¡Señor Martin, no le consiento eso!

—Usted insultó primero.

—Voy a romperle las narices...

—Le doy un dólar si lo consigue.

Bruce cerró un puño para dispararlo, pero en ese momento intervino Doris.

—Bruce, creo que estás haciendo demasiadas cosas ridículas para tan poco tiempo. Debes olvidar tu cuestión personal. Lo que importa es descubrir la verdad, lo que hay detrás de este misterio.

—Para mi no existe ninguna duda —repuso Bruce.

—Magnífico, Bruce. Si tú lo sabes, todos saldremos de dudas. Queremos compartir tu secreto. ¿De qué se trata?

—Clark Dalton no murió.

—Bruce, me das la mejor noticia.

Paula Crook palmeó y exclamó no pudiendo ocultar su gozo:

—¡Clark está vivo...! ¡Está vivo...!

—Cuidado, querida —repuso Doris—. Eso es lo que dice Bruce, pero sólo saldremos de dudas cuando podamos compartir de nuevo a nuestro querido Clark.

—Perdone, señora Dalton, pero yo no lo compartía con usted.

—¿Qué me dice, Paula?

—Sólo lo conocí hace una semana.

—Bueno, eso no importa para que pudiesen pasar ciertas cosas entre ustedes.

—Oh, no, de ninguna forma, quiero decir que toda —vía no había pasado nada.

—Gracias por su sinceridad.

—Pero Clark me había invitado a Coney Island el próximo sábado.

—¿A Coney Island?

—Sí. Prometió que dispararíamos al tiro —la joven bajó la mirada al suelo—. También me iba a llevar al túnel del amor.

Doris apretó los dientes.

—Muy típico de Clark...

—Pero no habría pasado nada...

—Espero que no.

Bruce exclamó:

—Pero ¿de qué están hablando ahora? ¡Lo importante es que Clark esté muerto! ¡Quiero decir si está vivo o muerto!

—Eres estupendo sacando conclusiones, Bruce, pero dime, ¿cómo vamos a saber eso?

Bruce apuntó a Doris. Lo hizo para darle una respuesta, pero se quedó con la boca abierta, tartamudeando.

—¡No lo sé!

—Gracias, Bruce. Eso demuestra que hice bien en contratar a Duke Martin.

—Pero ¿qué puede saber él?

—Ha solucionado muchos misterios y es el hombre más capacitado para aclarar el de mi esposo.

La gente había formado grupos en la sala.

La supuesta viuda salió al encuentro de Johnson y Johnson, los propietarios de la funeraria, que eran como dos gotas de agua porque eran gemelos.

Bruce aprovechó la oportunidad para acercarse a Duke.

—Oiga, quiero ofrecerle una recompensa.

—¿Cuánto?

—Mil dólares.

—Es usted muy generoso. Trataré de descubrir la verdad.

—No le daré los mil dólares por saber la verdad.

—¿Por qué los dará entonces?

—A cambio de que demuestre que Clark Dalton está más muerto que la momia de un faraón.

—Trato hecho.

—Espero que, por los mil dólares, lo mate usted mismo si lo encuentra vivo.

—Para eso tendría que pagar una cuota especial.

—Ponga precio.

—Vamos, señor Allison. ¿Es que no sabe aceptar una broma? Admito que tenga muchas ganas de que la señora Dalton pase al estado de viuda, pero ¿no le parece que expone demasiado al mancharse las manos de sangre?

—Perdone. Pero no sé lo que me digo —casi gimió Bruce—. Ya me había hecho a la idea de que Clark estaba listo para que ardiese en las llamas de ese homo.

—Un poco de paciencia, señor Allison. Quizá lo conviertan en

cenizas, pero también es posible que lo encuentre vivo, en cuyo caso tendría que buscarse otra viuda para su servicio.

—No me falle, señor Martin, por favor, no me falle —dijo Bruce y señaló el ataúd que estaba en el suelo—. Llene ese ataúd y se ganará mil dólares... Se lo promete Bruce Allison.

CAPÍTULO IV

—Su actuación fue muy buena, señor Martin —dijo Doris Dalton.

—Resultó sencillo —contestó Duke.

Se encontraban en el apartamento de Doris, el que había compartido con su esposo desaparecido.

—Me costó mucho trabajo deshacerme de Bruce Allison —sonrió la pelirroja—. ¿Sabe que quiso acompañarme y estar conmigo a toda costa? Llegó a decir que usted era un hombre peligroso y que, por nada del mundo, me dejaría a solas con Duke Martin.

Estaban sentados. Ella en un sofá y él en un sillón, los dos bebiendo *whisky* y con un humeante cigarrillo entre los dedos.

Martin se la quedó mirando. Doris Dalton era verdaderamente una mujer hermosa, pero no era el momento de mostrarse peligroso con ella. Al fin y al cabo, Doris era sólo una cliente.

—Doris, creo que ha llegado el momento de las confidencias...

—Correcto, Duke.

—Y también ha llegado el momento de que me hable de su esposo.

—¿Qué quiere que le explique?

—En primer lugar, cómo era.

—Un hombre maravilloso —replicó Doris dando un suspiro.

—No me refería a lo que pudiese sentir por él.

—Oh, perdón, comprendo... Clark era pintor.

—¿Qué clase de pintor?

—Se dedicaba al dibujo comercial.

—¿Para quién trabajaba?

—Para la Russell Company... Es una agencia de publicidad.

—¿Era empleado fijo?

—No. Clark nunca se había querido atar a nadie... La Russell

Company le enviaba trabajo de forma periódica. Clark hacía una media docena de dibujos al mes. Con ello sacaba lo suficiente para pagar sus gastos.

—¿Y usted, Doris, a qué se dedica?

—Soy modelo.

—¿También se relaciona con pintores?

—Oh, no. Soy modelo de una casa de modas llamada Eva.

—¿Quién es su jefe?

—Una mujer, Irana Kearn... Me pagan bastante bien y tengo algunos ahorros. Varias veces traté de convencer a Clark de que dispusiese de mi dinero para exponer en una sala importante. Pero nunca quiso aceptar.

—Un tipo orgulloso, ¿eh?

—Sí. Ya puede asegurarlo. Tenía un gran amor propio por sus propios méritos.

—Al menos, ya conozco algo bueno de Clark Dalton. Pero dígame, ¿en qué clase de líos se metía?

—No le conozco ningún lío, excepto que era un poco mujeriego.

—¿Un poco solamente?

—Digamos mucho, pero no creo que lo hiciese con mala intención.

—Es usted una mujer única.

—No diga eso, señor Martin. Estoy segura de que Clark me amaba y que, con respecto a las otras mujeres, sólo iba con ellas para pasar el rato... Pero de un modo inocente.

—Sigamos adelante... ¿Qué conoce del pasado de Clark?

Doris parpadeó y finalmente dijo:

—Clark fue sargento en Corea.

—¿Un héroe quizá?

—No, no lo creo. Fue uno de tantos que tomó parte en la guerra, sin pena ni gloria.

—¿Le contó él algo con respecto a ese tiempo que estuvo en Corea?

—No resaltó ningún hecho en que él interviniese, pero se refirió a algunos compañeros.

—¿A quiénes?

—A Stuart Evans. Es un agente artístico. Tiene su oficina en Broadway. Nunca ha venido por aquí. Yo lo conocí porque una vez

nos lo encontramos en un restaurante y Clark me lo presentó.

—¿Quién más?

—Duke, me temo que los compañeros de Clark no tienen nada que ver con su desaparición.

—Deje que sea yo quien juzgue eso.

—También había un tal Effie Callaghan...

—¿A qué se dedica Callaghan?

—Es corredor de bóolidos... Ganó algunos premios en carreras secundarias y ahora quiere participar en las grandes. Oí decir a Clark que este año, Callaghan tomará parte en las quinientas millas de Indianápolis.

—¿Es de Nueva York?

—Sí. Por cierto que Callaghan llamó hace tres días a Clark y tomé yo su recado.

—¿Qué recado?

—Me dijo que Clark debía de reunirse con él durante la noche.

—¿Para qué?

—No me lo dijo, pero tuve la impresión de que debía de ser importante.

—¿Por qué?

—Callaghan estaba muy nervioso. Le pregunté qué le ocurría, pero no me lo quiso decir.

—¿Dónde lo puedo encontrar?

—Tiene un taller de reparación de automóviles en la calle 63 Oeste, pero no sé el número.

—Bueno. Ya lo buscaré yo. Su dirección estará en la guía telefónica... ¿Quién hay más?

—De los compañeros de la guerra sólo hay esos dos en Nueva York, aunque Clark habló de otro que no reside aquí, sino en Chicago.

—¿Quién es?

—Gregory Moss... Es un médico dedicado a la ginecología.

—¿Lo conoce?

—Sí, vino aquí hace un mes para asistir a una Convención médica sobre su especialidad. Con respecto a eso, debo decirle algo importante. Gregory y Clark discutieron acaloradamente en esta habitación, mientras yo me arreglaba en mi dormitorio. Íbamos a salir a cenar.

—¿Acerca de qué discutieron?

—Hablaron de algunas cosas que no tenían significado para mí... Fuimos a cenar y el ambiente entre nosotros estaba muy frío... Fue muy violento para mí. Por fortuna, Gregory Moss se fue pronto... Cuando volvimos al apartamento, pregunté a Clark por qué había discutido con Gregory Moss, y él me contestó que era un quisquilloso y que se había enfadado por las novias que le había quitado en Corea. Pero yo no le creí una palabra.

—¿Por qué no?

—Ya le he dicho que oí algunas frases mientras discutían.

—¿Qué frases eran esas?

La joven exhaló dos chorros de humo por los agujeros de la nariz y luego, dijo:

—Recuerdo que Clark le decía: «Has de tener paciencia, Gregory. Todo se arreglará». Gregory le contestó: «No estoy dispuesto a que nadie me tome el pelo. Todos vosotros sois una pandilla de vives, pero todavía os falta por conocer qué clase de tipo soy yo»...

—¿Qué más recuerda?

—Eso fue todo.

—¿Quiénes de ellos estaban en el funeral?

—No vi a ninguno, pero quizá se pusieron en las filas de detrás, donde yo no pude verlos.

Martin dejó correr unos segundos.

—Doris, ¿por qué me cuenta todo eso con respecto a los compañeros de su marido en Corea?

—Usted me preguntó y yo le contesté.

—Yo me quería referir a los amigos de los últimos años. Pasaron ya quince años desde aquella guerra... Tiene que haber otro motivo y será mejor que lo explique.

—Está bien, se lo diré.

—Buena chica.

Sin embargo, la joven titubeó unos instantes como si todavía no se hubiese decidido a expresar sus pensamientos.

—Clark habló alguna vez en sueños.

—Vaya, eso podría ser bueno. ¿Y qué decía?

—Siempre cosas parecidas... «Yo lo logré, yo fui quien lo descubrí, yo me arriesgué... No tenéis ningún derecho a

quitármelo... No podréis hacer nada contra mí... Yo soy el único dueño».

—¿A qué se refería?

—Nunca lo dijo... Y todas sus frases no corresponden a lo que dijo durante un solo sueño. A veces pasaban semanas sin que dijese nada.

—¿Le hizo usted alguna pregunta a ese respecto?

—Desde luego. Muchas veces.

—¿Qué le contestó?

—Que no recordaba nada de sus sueños, y que seguramente se debía referir a su niñez... Había vivido en los barrios bajos de Nueva York donde eran frecuentes las peleas entre los muchachos, peleaban por cualquier cosa que hubiesen encontrado, especialmente en los solares donde jugaban.

Duke se pellizcó el mentón.

—¿Dónde pintaba Clark?

—En un estudio que tenía alquilado en la Calle 27... Es una pequeña buhardilla de la última planta.

—¿Tiene llave?

—Está entre las cosas que recibí del supuesto oficial de policía llamado Brix.

—Muy bien. Deme esa llave. Tendré que hacer una visita al estudio —de Clark.

—No encontrará nada. Sólo media docena de cuadernos terminados y algunos por acabar.

—¿Cuánto estuvo allí?

—Fui al estudio cuando regresé de Union City... Quise ver todo aquello que él tanto quería.

—Iré allí, y veré con mis propios ojos lo que Clark pintaba.

La joven fue a su habitación y regresó con una llave que alargó a Duke.

Martin la guardó en el bolsillo.

En aquel momento, el timbre de la puerta sonó insistentemente.

—¿Espera a alguien, Doris? —inquirió Duke.

—No.

—Pues el que llega tiene prisa.

La joven cruzó el *living* y abrió la puerta.

Un hombre se precipitó en el interior.

—Señora Dalton, ha caído en manos de un desaprensivo.

Duke dio un suspiro porque acababa de identificar al hombre que tenía prisa. Era Timothy Flagg, sargento de la Brigada de Homicidios, un individuo que había jurado por las cenizas de sus antepasados que algún día encerraría a Duke y a su amigo Lou Bates en la más oscura mazmorra.

—¿Quién es usted? —preguntó Doris Dalton.

—Yo se lo diré, señora Dalton —repuso Duke—. Es un aficionado a descubrir crímenes que siempre me sigue los talones porque sólo así descubre alguna cosa.

La cara del sargento Flagg tenía ya el color de la amapola.

—Duke, un día de éstos me las vas a pagar todas juntas... —Se volvió hacia la pelirroja—. Señora Dalton, estoy informado de lo que ocurrió en la funeraria.

—¿Quién le informó?

—Uno de los Johnson.

—¿Y por qué hizo eso? Pedí a los dos Johnson que guardasen el secreto con respecto a lo de mi marido.

El sargento enseñó los dientes con una mueca.

—Señora Dalton, los empresarios de pompas fúnebres están obligados a comunicar a la policía las cosas raras que ocurren en su negocio. Como por ejemplo, robos de muertos... Lo crea usted o no, a la ley le importa mucho saber qué trato se les da a los cadáveres... Johnson y Johnson aseguran que en su funeraria nunca ocurrió algo parecido. ¿Quién se llevó el cadáver de su marido...? ¿Quién?

Duke levantó las manos.

—A mí que me registren.

—¡Cállese, Duke!

—Muy bien. Ya estoy callado.

El sargento se dirigió otra vez a la bella pelirroja.

—Señora Dalton, ¿qué hizo usted con el cadáver de su marido?

—¿Cómo se atreve a hacerme esa pregunta, sargento?

—Alguien tuvo que robarlo del ataúd... Supongo que la más interesada es usted.

—¿Por qué iba a ser yo la más interesada?

—Se quedaría asombrada del número de mujeres que están deseosas de enviudar...

Duke intervino:

—Se está haciendo un lío, sargento. Suponiendo que la señora Dalton quisiese enviudar, ¿por qué iba a robar el cadáver de su marido? Todo lo contrario, ella debía estar deseosa de enterrarlo.

El sargento apuntó a Duke con el dedo índice.

—¡Ha caído en la trampa, Martin!

—¿Qué trampa?

—La que le tendía a la señora Dalton.

—Sargento, su cerebro es tan tortuoso que debería presentarse en un concurso de «lo toma o lo deja».

—Estoy harto de sus chistes. Duke. No suelte ninguno ahora porque está en un compromiso... Le dije que algún día lo atraparía y ya lo pillé con las manos en la masa.

—¿Qué masa?

—Han admitido la existencia de un cadáver robado, lo cual prueba que el robo se perpetró.

—Todo se lo dice usted, sargento. Nosotros no hemos admitido nada. Me temo que su instinto policíaco está muy poco desarrollado.

—Le advertí que no le permitiría ningún sarcasmo, Duke. ¡Estoy en acto de servicio!

—Continúe su maravilloso interrogatorio.

Flagg movió la cabeza en sentido afirmativo y sonrió porque estaba convencido de que conservaba las riendas del asunto, pero cuando abrió la boca para disparar la siguiente pregunta, se quedó otra vez inmóvil porque no tenía nada que preguntar.

Duke Martin se levantó del sillón.

—Yo me voy, señora Dalton. Tendrá noticias mías.

—Gracias por todo, señor Martin.

—Hasta la vista, sargento.

—Adiós.

Duke se dirigió hacia la puerta, pero el sargento lanzó un grito.

—¡Alto ahí, Duke! ¡No le dije que se fuese!

Duke se cubrió una oreja con la mano.

—Eh, sargento. No estoy sordo. No hace falta que grite tanto.

—¿Adónde va, Duke?

—He de ver a Patrick Furness para que me de trabajo.

Al oír aquel nombre, el sargento arrugó la nariz como si hubiese olido algo en descomposición.

—Patrick Furness, ¿eh? El agente de Asuntos Varios más nauseabundo de Nueva York.

—No debería hablar así de Patrick, sargento. El lo aprecia mucho. Dice que es usted uno de los mejores policías con que cuenta el Comisionado.

Timothy Flagg dejó de arrugar porque le gustaban los halagos, especialmente porque no estaba acostumbrado a oírlos.

—De modo que, eso dice Patrick Furness... Quizá sea más inteligente de lo que yo había supuesto.

—Le daré recuerdos de su parte, sargento. —Martin se dispuso a salir.

—¡No abra esa puerta, Duke!

—¿Qué le pasa ahora, sargento?

—Ya me estaba engatusando.

—No le entiendo.

—Me comprende perfectamente... Ha inventado lo de Patrick Furness para que lo deje marchar...

—Sargento, yo saldré de aquí de todas formas, sin necesidad de contarle una fábula. Usted no puede detenerme.

—¿Quién le ha dicho que no?

—¿Cuál sería el cargo?

—Ladrón de cadáveres.

—Vamos, sargento, ¿quiere que otra vez lo cubra de ridículo ante su jefe, el teniente Clem Hunter...? Ande, lléveme a la comisaría. Iré muy a gusto. Los dos hablaremos con Hunter, y si usted presenta una sola prueba de que yo robé ese cadáver, sin que nadie me empuje, me meteré en la celda.

El sargento apretó los puños.

—No, no tengo ninguna prueba.

—Gracias.

—¡Pero un sexto sentido me advierte que si usted está metido en el ajo muy pronto aparecerán otros cadáveres! ¡Usted y Lou Bates son como los sepultureros! ¡No se van tranquilos a la cama hasta haber tropezado con unos cuantos fiambres...!

—No diga eso, sargento. Yo siempre he preferido los vivos, especialmente si tienen figura de mujer...

Dicho esto, Duke Martin abandonó el apartamento de la señora Dalton porque ya no tenía nada que hacer allí.

CAPÍTULO V

Duke abrió la puerta del estudio de Clark Dalton.

Era una buhardilla, pero ahora allí todo estaba revuelto. Un sillón había sido destripado y un par de lienzos acuchillados.

Tres cajones estaban volcados en el suelo, y su contenido había sido esparcido.

Martin pensó que aquel destrozo no se debía a la señora Dalton, ya que de ser así se lo habría dicho.

Alguien se le había adelantado en aquella visita.

Estaba claro que esa persona había ido en busca de algo, y la pregunta era: «¿Lo habría encontrado?».

Junto a la ventana había un camastro, el cual también había sufrido las iras del misterioso visitante.

Al fondo descubrió un pequeño cuartito que servía como lavabo.

El armario donde Clark había guardado su cepillo de dientes, la loción y otras cosas, estaba hecho pedazos en el suelo, lo cual parecía indicar que el desconocido, después de buscar infructuosamente, lo estrelló contra el piso en un gesto de rabia.

Martin regresó al estudio. Se dedicó a contemplar los cuadros. En todos ellos Clark Dalton había plasmado motivos orientales. Eran reminiscencias de su estancia en Corea.

Duke no era un especialista en pintura y no sabía distinguir entre chinos, japoneses y coreanos.

Apoyado en la pared vio un cuadro que le llamó la atención. En él aparecía un templo que parecía hecho con oro viejo. A un lado, sobre el arbolado alguien había pintado estas palabras: «Eres un puerco, Clark». Quizá había sido obra del desconocido, y sería prueba manifiesta que no había encontrado lo que buscaba.

Duke oyó pasos al final de la escalera. Alguien se disponía a

entrar allí.

Se arrimó a la pared, colocándose a un lado de la puerta.

Vio cómo el tirador giraba.

Contuvo la respiración.

La puerta se abrió y entró alguien.

Duke dio un salto.

Chocó contra una persona a la que atrapó por el cuello, pero no llegó a tirar de ella porque se dio cuenta de que era una rubia platino.

Ella dio un gritito y perdió el equilibrio, pero no llegó a caer porque Duke la sostuvo.

Era mía joven de unos veintiséis o veintisiete años muy bonita, el cuerpo bien formado, piernas esbeltas, ojos verdosos. Duke la catalogó enseguida entre las muchachas con las que los cajeros se fugaban.

—Qué susto me ha dado —dijo la chica.

—Usted también me lo dio a mí.

La rubia platino sonrió.

—No le he visto nunca.

—Yo a usted tampoco.

—Mi nombre es Suzanne Meeker.

—¿Es el verdadero o el que usa cuando se encuentra en algún lío?

La joven rió enseñando unos dientes perfectos, bien alineados.

—Es usted muy bromista, señor...

—Duke Martin... Y ahora, dígame, señorita Meeker, ¿qué es lo que vino a buscar aquí?

La joven dio un suspiro.

—Esta habitación tiene para mí muchos recuerdos.

—¿Vino para eso? ¿En busca de recuerdos?

—Sí, señor Martin. Me dijeron que Clark había muerto en un accidente...

—¿Qué era él para usted?

—El amor de mi vida.

—¿No sabe que estaba casado?

—Claro que sí.

—Caramba, el amigo Clark no se privaba de nada...

—No sea mal pensado, señor Martin. Entre Clark y yo no existía

nada pecaminoso.

—¿De veras? ¿Y qué es lo que existía?

—Una mutua comprensión.

—Ya.

La rubia platino dio una patadita en el suelo.

—No me gusta el tono de su voz, señor Martin.

—¿Por qué?

—Da la impresión de que no me cree.

—Está bien. No la creo... Clark Dalton no era hombre que, con una chica como usted se contentase con ver una puesta de sol.

—Es usted un vulgar materialista, señor Martin...

—Pero di en el clavo.

—Está bien, lo acertó —la rubia platino levantó la barbilla—. Clark se iba a casar conmigo, y no diga que no podía hacer eso porque ya estaba casado. Sepa de una vez por todas que Clark estaba dispuesto a divorciarse de la rojiza.

—Eso lo diría Clark para contentarla.

—De ninguna manera. Hablaba en serio...

—¿Y cuándo se iban a casar, si puede saberse?

—En cuanto se divorciase de Doris.

—¿Se lo había dicho él ya a Doris?

—Me prometió que lo haría.

—¿Cuándo se lo prometió?

—Anteayer.

—¿Dónde?

—Aquí mismo.

—¿Vino para posar, señorita Meeker? No he visto su retrato por ninguna parte.

—Claro que no vine a posar.

—¿Desde cuándo conocía a Clark?

—Cinco semanas. Yo estaba esperando a un amigo en la barra de un bar cuando Clark vino a mi lado... Él estaba aburrido, yo estaba lo mismo y pegamos la hebra. Simpatizamos y me invitó a cenar... ¿Sabe lo que hice entonces?

—Plantó al amigo que usted esperaba.

—Sí. Eso hice.

—Parece que Clark no perdía el tiempo con las mujeres.

—Él era distinto a los demás.

La joven sacó un pañuelito del bolso y se dio la vuelta sollozando.

Martin le puso una mano en el hombro.

—Lo siento, Suzanne.

Ella se volvió enjugándose las lágrimas con el pañuelo de fina batista.

—Me parece increíble que haya muerto.

—¿Quién le dijo que había muerto?

—Recibí una llamada.

—¿De quién?

—No dijo quién era... Era una voz de hombre... Me dijo que Clark Dalton había muerto en un accidente en Union City, y que el sepelio se celebraría en la funeraria de Johnson y Johnson.

—No la vi en la funeraria.

—No fui.

—¿Por qué no?

—Por no ver a la rojiza. Pero, luego, me remordió la conciencia. Quise venir aquí que es donde Clark y yo... —se interrumpió.

—Donde Clark y usted se hacían el amor.

—Muy bien, nos queríamos. Y eso sólo nos importaba a él y a mí...

Martin dio unos pasos por la estancia.

—¿Le contó Clark algún secretillo? Y no me refiero a sus amores, sino a algo distinto...

—No le entiendo.

—Mire ese cuadro, señorita Meeker.

Duke estaba señalando el cuadro en que aparecía el templo oriental del color del oro viejo, con aquella inscripción suplementaria: «Eres un puerco, Clark».

—¿Quién ha escrito esa cochinada? —exclamó Suzanne.

—Alguien que nos sacó un poco de ventaja para llegar aquí, e hizo el estropicio que usted ve.

—Debe ser un salvaje.

—Suzanne, indudablemente ese desconocido entró en busca de algo y me gustaría saber qué era.

—No tengo la menor idea.

—Sería peligroso que me engañase, Suzanne.

—¿Por qué peligroso?

—¿No está enterada de lo que ocurrió en la funeraria?

—¿Paso algo?

—Sí. El ataúd que debía contener los restos de Clark estaba vacío.

—¡No!

—Y hay algo más, Suzanne. No hubo tal accidente en Union City.

—¿Quiere decir que Clark no murió?

—No lo sabemos. Pero, desde luego, no hubo accidente.

—Pero, entonces, ¿por qué me hizo la llamada aquel hombre?

—También engañaren a la señora Dalton... Un hombre se hizo pasar por un agente de policía llamado Brix. El tipo hizo una buena representación porque entregó a Doris objetos que habían pertenecido a Clark Dalton, y él mismo dijo que se encargaría de llevar el ataúd a la funeraria de Johnson y Johnson. La caja estaba reforzada con planchas de plomo para dar el peso.

—¿Y cómo supieron que dentro no estaban los restos de Clark?

—La señora Dalton recibió como usted una llamada anónima, aunque su comunicante le dijo una cosa distinta... Le informó confidencialmente que el ataúd estaba vacío. La señora Dalton me contrató a mí para que comprobase la veracidad de esa afirmación y resultó buena.

—Cielos, es increíble. ¿Qué significa todo eso?

—La verdad, es que le he dado muchas vueltas para encontrar una explicación, pero estoy como al principio, o quizá peor.

—Es la historia más descabellada que he oído en mi vida.

—Sí, Suzanne, he dado con las palabras justas. No tiene pies ni cabeza. Si al menos Clark Dalton hubiese sido un pintor abstracto, pero resulta que era de lo más normal...

—Ya puede estar seguro de que lo era.

—Ahora está en mejores condiciones de contestar a mi pregunta acerca de si Clark le contó algo.

—No. Los temas de nuestras conversaciones eran corrientes.

—Debe hacer un esfuerzo de memoria.

Suzanne se quedó un rato pensativa, pero, finalmente, movió la cabeza en sentido negativo.

—No, señor Martin. No recuerdo nada.

—¿Tiene aquí algo que le pertenezca?

—No.

La joven lanzó una mirada a su alrededor.

—No volveré a pisar esta habitación.

—Suponga que Clark vive.

—Tengo la corazonada de que está muerto.

—¿Y por qué había de morir?

—No lo sé. Ya le he dicho que es una premonición. Encantada de haberlo conocido, señor Martin.

—El gusto fue mío.

—Quiero hacerle una advertencia, señor Martin.

—Hable.

—Apártese de esa mujer, de la rojiza... Es una mala persona... Enredó a Clark y enredará a cualquier persona que se le acerque.

—Parece una buena chica.

—Sólo lo parece, señor Martin. No lo olvide.

La rubia platino dio media vuelta y salió de la buhardilla.

Duke le concedió un poco de ventaja y luego salió él.

Cuando llegó a la calle, vio que la rubia platino se ponía ante el volante de un «Ford» modelo del año anterior.

Martin hizo una señal a un taxi.

—Eh, amigo —dijo al conductor cuando estuvo dentro—. Siga al coche que va conduciendo la rubia platino. Cuente con tarifa doble si no la pierde.

—Pues prepare el dinero porque iré con ella hasta el infierno.

El conductor cumplió su palabra de no perder a la rubia platino.

La persecución duró veinte minutos.

Suzanne, después de estacionar su «Ford», se metió en un edificio de apartamentos.

Duke pagó al conductor del taxi el doble de lo que marcaba el taxímetro y fue en pos de su pieza.

No vio al encargado. El ascensor estaba subiendo. Miró el cuadro de señales para saber dónde se detenía. Fue en la sexta planta.

Entonces, tranquilamente encendió un cigarrillo y esperó a que le reenviasen la jaula.

Al fin, él también pudo viajar hacia arriba.

Al llegar a la sexta planta se encontró con que había ocho puertas.

Apretó el timbre de la primera y le abrió un hombre gordo, mofletudo.

—Busco a la señorita Meeker.

—No vive aquí.

—Bueno, pero debe ser su vecina. Es una rubia platino, de unos veintiséis o veintisiete años. Muy bonita.

—Sí, ya sé. Pero no se llama como usted dice.

—¿No?

—Es Marge Müller, y yo daría cualquier cosa por que se mudase.

—¿Por qué, amigo?

—¿Por qué va a ser? —El gordo miró hacia dentro—. Cuando me encuentro con ella, mi mujer la arma.

—Tiene usted buen gusto, compañero. Pero no me dijo todavía dónde encontraré a la rubia platino.

—La última puerta, la cuarenta y siete.

Duke dio las gracias y se fue hacia aquella puerta.

El hombre gordo asomó la cabeza para curiosear, pero en aquel momento una mujer ladró desde el interior del apartamento:

—¿Qué es lo que haces, Phineas? ¿Otra vez vino la rubia platino a pedirte una taza de azúcar?

—No, amorcito —replicó el hombre gordo—. Es un caballero que se llegó a preguntar si queríamos una lavadora.

Duke sonrió mientras el gordo cerraba la puerta.

Se detuvo ante la puerta número 47, pero esta vez no apretó el timbre. Tenía una llave maestra que le rendía grandes servicios y éste iba a ser uno de ellos.

Abrió con sigilo.

Vio un *living* desierto.

Le llegaron voces desde una habitación del fondo.

—Eres una inútil, ¿lo oyes bien, Marge?... Una inútil.

—No tienes derecho a insultarme, Effie. Fui allí, como tú querías... Me encontré con ese tipo que dijo llamarse Duke Martin. Tuve que inventar una bonita historia acerca de unos supuestos amores con tu amigo Clark Dalton...

—¡No digas eso, maldita sea!... ¡No es mi amigo!... Sólo quisiera una cosa. Tener por unos minutos el cuello de Clark entre mis manos para demostrarle la clase de amistad que yo siento por él.

—Tranquilízate.

—¡Y un cuerno me voy a tranquilizar!... ¡No sabemos dónde está Clark!

—Quizá esté muerto.

—Basta ya de ese cuento. No puede estar muerto... Y suponiendo que lo esté, entérate de una vez, preciosa... Alguien le echó mano a ese millón de dólares en gemas.

CAPÍTULO VI

Duke Martin estaba escuchando todo aquello sin perder una sola palabra.

Era el descubrimiento más interesante que había logrado desde que se hizo cargo del caso.

Ahora, la joven rubia platino dijo:

—Querido, ese millón de dólares va a ser para nosotros.

—Eres una chica muy lista. El millón va a ser para nosotros. Pero ¿dónde infiernos está? Anda, dime adónde fueron a parar las gemas...

—Hemos de averiguarlo.

—Estupendo. Hemos de averiguarlo. Si no me dices otra cosa, continuaré tendido en esta cama el resto de mi vida, hasta que me convierta en una momia.

—Effie, has de ponerte a trabajar.

—¿Y adónde dirijo mis pasos?

—Está claro que alguno de tus compañeros te la jugó.

—¿Cuál de ellos?

—Ese matasanos, Gregory Moss.

—Es posible, pero también está el agente artístico, Stuart Evans.

—Tiene cara de canalla y cuando me lo presentaste lo demostró.

—¿Qué fue lo que te hizo?

—Me tiró un pellizco.

—¿Ese canalla de Stuart te hizo eso?

—Sí, Effie. Tu querido amigo Stuart quiso jugártela quitándote tu chica.

—A ese cerdo le voy a rebanar la nuez, ¿lo oyes?

—Nada adelantamos con que te quedes aquí, Effie, querido. Yo ya hice lo que pude... Por el estudio de Clark Dalton parecía haber

pasado un ciclón. Todo estaba deshecho...

—Sí, nena. Uno de esos bastardos pasó por allí antes que tú en busca del secreto.

—Te dije que era demasiado ingenuo que Clark Dalton hubiese guardado allí cualquier documento en el que se dijese dónde están las gemas... Anda, Effie, levántate, ve a hablar con Gregory y con Stuart, pero tienes que ser duro con ellos.

—Tú no sabes lo duro que yo puedo ser —contestó el hombre, con voz ronca.

Se oyó crujir un somier.

Entonces, Duke ocupó un sillón del *living*, cruzó las piernas y encendió un cigarrillo.

Del dormitorio le llegó el chasquido de un beso.

—Te adoro, Effie. Nunca lo olvides.

—Eres un portento, nena. Eso no lo puedo negar.

—Recuerda que voy a ser tu mujercita... Y que nadie te querrá como te voy a querer yo.

La pareja salió del dormitorio.

Duke levantó una mano.

—Hola, muchachos —saludó.

Ella y él se detuvieron.

El hombre rodeaba con su brazo la cintura de Marge, pero ahora la soltó como si ella estuviera al rojo vivo.

La rubia platino enarcó las cejas.

—¿Qué hace aquí, señor Martin?

—Pasaba por ahí fuera y me dije: ¿Por qué no visitar a una embustera?

La bonita joven apretó los puños.

—¡Maldita sea, usted me siguió!

—Qué inteligente es, Marge, ¿o debo llamarle Suzanne? ¿O quizá no se llama ni una cosa ni otra?

—Soy Marge Müller.

—Celebro conocerla, Marge.

Effie, que hasta entonces había estado callado, dejó oír su voz carrasposa.

—Conque éste es el fulano que te encontraste en el estudio de Clark.

—Sí, Effie.

Effie hizo algo que Martin no había previsto. Metió la mano bajo la axila y exhibió una pistola negra, de cañón largo.

—¿Sabe cuál es mi especialidad, señor Martin?

—Cazar moscas.

Los ojos de Effie destellaron intensamente.

—No es éste su mejor momento para hacer chistes, Martin. Si quiere saber mi especialidad, se la diré. Reventar cabezas de coreanos.

—Eso debió ser hace mucho tiempo.

—No lo bastante para que lo haya olvidado.

—Pero yo tampoco soy un coreano.

Effie Callaghan abrió las fauces de tal forma que, durante unos instantes, pareció un desequilibrado.

—No, no es usted un coreano, Martin.

—Pero aquí hay chinos y japoneses que se parecen mucho a los coreanos. Si se da una vuelta por San Francisco, los encontrará a miles.

—¡Basta, Martin, cállese o aprieto el gatillo!

—¿Se convertiría en asesino por una cuestión racial? Vamos, Effie, no es usted un hombre razonable. Debería tener en cuenta que ya ha sido votada la ley sobre los derechos cívicos. Y que en nuestro país somos iguales negros, amarillos y blancos...

—¡No me cuente esas cosas, maldita sea! ¡Me está excitando! ¡Y tengo ganas de apretar el gatillo!

La rubia platino intervino:

—Serénate, Effie.

—¡Este tipo me saca de mis casillas!

—Debe ser su especialidad... No se lo tomes en cuenta.

—¿A qué vino aquí, Marge? ¿Me lo puedes decir tú?

—Será mejor que lo diga él.

Duke respiró profundamente y contestó:

—No me creí nada de lo que me dijiste, Marge. Sólo te di cuerda para que te pusieses en marcha.

—¡Bastardo! —exclamó la joven.

—Nena, hay que saber perder.

Otra vez se oyó la voz carrasposa de Effie Callaghan.

—Aquí el único que ha perdido es usted.

—¿Por qué?

—Por meterse donde no le llaman.

—Se equivoca. Me llamaron. Doris Dalton me contrató para que descubriese lo que había detrás de la muerte de su esposo.

Los labios de Effie Callaghan dibujaron una mueca de sarcasmo.

—Clark no merece que nadie se ocupe de él... Bueno, rectificaré. Sólo se debe ocupar uno de Clark para meterle un par de balas en los sesos.

—Eso es muy grave. En nuestro país se llama asesinato.

—Por fortuna, Clark está muerto.

—¿Quién se lo ha dicho, señor Callaghan?

—Está muerto y basta.

—Voy a suponer que lo está. ¿Qué me dice de las gemas?

Effie empezó a palidecer.

—¿Qué gemas?

—Vamos, Effie —sonrió Duke—. Escuché desde aquí una parte del diálogo que entablaron. Recuerde, hay unas gemas que valen un millón de dólares.

—¡Ahora es cuando se ganó la bala!

—No sea estúpido. No puede matarme.

—¿Por qué no?

—No está en el campo de batalla. Allí podría matar y por ello recibiría la felicitación de sus jefes, pero esto es Nueva York y está corriendo el año 1935. Cuando alguien mata a un semejante, la policía se interesa por el asunto. ¿Lo sabía usted?

Marge puso una mano sobre el brazo armado de Callaghan.

—No lo hagas, Effie.

—¡Tú tienes la culpa! ¡Debiste cerciorarte de que no te seguía!

—Recuerda que me enviaste allí.

—¡Pero no lo hice para que te trajeses a un sabueso!

—Quizá nos sirva de ayuda.

—Anda, di otro chiste. Ése no me hizo ninguna gracia... Martin trabaja para Doris Dalton.

—Es cierto —contestó Duke Martin—. Trabajo para esa mujer, pero eso no impediría comprometerme con otras personas... Creo que Marge tiene razón. Soy la persona que les conviene y me conformaría con poco.

—¿Con cuánto? —inquirió Effie.

—Con un diez por ciento del total.

—Effie —dijo Marge—. Duke se pone en razón. Un diez por ciento de un millón de dólares sólo serían cien mil.

—Eres una ingenua. ¿No ves la cara de hambre que tiene este sabueso? Dice que está dispuesto a trabajar para nosotros, pero sólo trata de convencernos. En cuanto atrape las gemas, se convertirá en humo. Seguro que haría eso, Marge. No veríamos una piedra en; nuestra vida.

—Yo tengo confianza en él.

—¿Por qué tienes confianza en él?

—Parece honrado.

—Si yo tuviese un dólar por cada persona honrada que creí encontrar, sería millonario, y no necesitaría recuperar esas gemas.

—Oiga, Effie. No tiene nada que perder —dijo Duke—. Suponiendo que usted se confíe a mí, estoy seguro de que no dejará de trabajar para atrapar las gemas por su cuenta.

Effie se pasó el dorso de la mano por la mejilla mientras reflexionaba en la oferta de Martin. Finalmente, dijo:

—Está bien. Va a trabajar para mí... Pero, recuerde esto, no trate de jugármela o lo enviaré al infierno.

—Hábleme ahora de esas gemas.

—Son piedras preciosas, zafiros, rubíes, esmeraldas. Las más valiosas piedras que pueda haber visto un ser humano... El tesoro sagrado del templo de Tai-Tsung...

CAPÍTULO VII

—¿Dónde está ese templo? —preguntó Duke Martin.

—En Pungjang, un poco más arriba del paralelo 40, en Corea.

—Eso ya es Corea del Norte.

—Llegamos más arriba cuando Mac Arthur lanzó su ofensiva hacia el río Yalu... —Effie se volvió hacia la joven—. Anda, nena, prepara unos *whiskys*. Tengo la garganta seca.

La rubia platino preparó la bebida con rapidez.

Después de beber un trago y encender un cigarrillo, Effie Callaghan dijo:

—Nos encontrábamos en las inmediaciones de Pungjang cuando el sargento Clark Dalton fue enviado a patrullar con quince de sus hombres. Se tenían noticias que había un foco de guerrilleros a unas treinta millas al noroeste de la ciudad... Viajamos en tres *jeeps*... Al llegar al lugar de las operaciones nos internamos por la jungla... Durante más de tres horas recorrimos aquel lugar, en donde hacía un calor sofocante, sin encontrar a un solo enemigo... De pronto, en un claro de la selva vimos ante nosotros lo que nos pareció una visión, un templo que resplandecía como el oro...

Effie hizo una pausa para beber un trago de *whisky*.

—El sargento estableció una guardia y los demás nos metimos en el templo. No encontramos a nadie, porque al parecer, había sido abandonado por los sacerdotes... Merodeando por el interior uno de nuestros compañeros, Gregory Moss, dio con una habitación en donde encontró un arca. Por curiosidad, la violentó con su machete. Dentro había un tesoro en piedras preciosas... En ese momento estábamos con Gregory, el sargento Clark Dalton y yo, pero enseguida apareció Stuart Evans. Los cuatro estábamos maravillados. Ninguno se atrevía a abrir la boca. Al fin, Gregory

dijo lo que todos teníamos en el pensamiento: «Eh, muchachos — dijo—, estamos en tiempo de guerra y nuestros jefes no tienen por qué saber lo que encontramos. A ellos sólo les interesa que matemos coreanos».

Effie sonrió mientras daba una chupada al cigarrillo.

—Gregory Moss no tuvo necesidad de ser persuasivo. Con aquellas piedras podríamos colocarnos para toda la vida. Pero había que cambiar las piedras por dinero y no podíamos consentir que nadie conociese nuestro secreto... Clark Dalton, como sargento nuestro, dio con la solución... Dijo que él guardaría las gemas... Sería el depositario mientras la guerra durase. Se decía en aquellos momentos que la campaña de Corea sólo duraría unas semanas y que enseguida nos enviarían a casa... Clark tampoco pensaba seguir en el ejército, y menos ahora que había encontrado la fortuna... No tuvimos inconveniente en que Clark Dalton fuese el depositario, ya que era nuestro superior... Sacó las gemas, las puso en su mochila y, poco después, abandonamos el templo de Tai-Tsung. No conocimos el nombre hasta poco después. Nos lo dijo un misionero. En el camino de regreso nos tendieron una emboscada. Fue terrible. Creíamos que no lo contaríamos. De quince hombres que éramos, ocho se quedaron allí para siempre. Estábamos llenos de barro, hambrientos, deseosos de atrapar un vaso de agua que no estuviese contaminada, pero eso no importaba. El sargento tenía en su poder las piedras y los cuatro pudimos regresar a nuestro campamento con el tesoro. En los días siguientes continuamos nuestro avance hacia el Norte. Por fin llegamos al río Yalu y el alto mando dijo que no se podía pasar a la otra parte.

Effie Callaghan guardó un nuevo silencio. Su cara había adquirido una gran dureza y su voz tenía un tono más grave.

—De repente, una noche, creímos que se acababa el mundo. Coreanos y chinos nos enviaron sobre nosotros toneladas de metralla... Había sonado su hora. Era la gran ofensiva que nos habían anunciado y de la que nosotros nos habíamos reído. Parecía el fin del mundo. Nadie que no haya pasado aquello puede saber lo que es una guerra de verdad... Nos dieron orden de retroceder, pero ya miles de enemigos se habían infiltrado por nuestras líneas. Al cabo de dos días, nos dieron el informe de que habíamos sido copados. Los coreanos y los chinos nos habían envuelto en una

operación de tenaza. Treinta mil de los nuestros estábamos metidos en una ratonera... Sólo había una consigna, resistir, hacer un agujero en aquella trampa y escapar hacia el Sur, en busca del paralelo 8, donde Mac Arthur había establecido la línea de resistencia...

Bebió todo el *whisky* y pidió a Marge que le escanciase otra vez.

—Una noche nos reunimos los cuatro, el sargento y los tres soldados que habíamos tenido la fortuna de encontrar un tesoro en gemas y que ahora estábamos a punto de perder... Dicen que esas joyas atraen la maldición sobre las personas, pero lo cierto era que, mientras nuestros compañeros caían como moscas a nuestro alrededor, a nosotros nos respetaban las balas y la metralla. Quizá estábamos poseídos por un deseo de vivir, el deseo de regresar a la patria para poder disfrutar de un cuarto de millón cada uno. Pero el enemigo iba estrechando su cerco... Al fin, uno de nuestros generales dijo que teníamos que dirigir nuestras fuerzas sobre un solo lugar, atacar como una punta de lanza, sin preocuparnos de los flancos. Tal como estaban las cosas, sólo de esa forma podríamos salvarnos. El general no se equivocó. Logramos hacer el agujero y por él, como el agua de un recipiente, salimos todos. A muchos les costó la vida y centenares fueron hechos prisioneros.

Effie se interrumpió de nuevo y miró el *whisky* al trasluz.

—Entre los prisioneros había un hombre muy importante. Más importante para nosotros que el general Mac Arthur. Más importante que un jefe del Estado Mayor. Ese prisionero era el sargento Clark Dalton...

Effie caminó hacia el sofá, donde se sentó.

La rubia lo hizo a su lado y cruzó las piernas sin preocuparse de bajar la falda.

—Continúe, Effie —dijo Martin, porque, de momento, prestaba más atención a la historia de Callaghan que a las piernas de Marge.

—Puede imaginar nuestra desesperación... Gregory, Stuart y yo lo habíamos perdido todo... Al fin terminó la guerra de Corea y los tres volvimos a casa. No teníamos ninguna duda de que Clark Dalton había perdido el tesoro...

—¿Cuándo regresó Clark?

—Tardó once años en volver.

—Muchos prisioneros de Corea lo hicieron antes que Dalton.

—Clark no fue como los demás prisioneros. Intentó evadirse tres veces. Siempre lo atraparon y la última vez fue condenado a muerte porque había matado a un centinela. Pero, a última hora, le conmutaron la última pena por la de perpetuidad. Por eso fue uno de los prisioneros que más tiempo estuvo con ellos. Al fin, un día, nuestro Gobierno consiguió su libertad y el bueno de Clark Dalton regresó a Estados Unidos. Había sufrido mucho y fue internado en un hospital... Allí fuimos a verlo, Gregory, Stuart y yo.

—¿Qué les contó de las gemas?

—Las perdió en cuanto fue hecho prisionero. Los soldados norcoreanos le quitaron la mochila y todo lo que llevaba. Descubrieron enseguida las piedras preciosas, de las que se hizo cargo un oficial. Luego nos contó algo de su vida allí. El asunto del tesoro quedó cancelado.

—¿Y cómo resucitó?

—El propio Clark lo hizo.

—¿De qué forma?

—Hace unos tres meses, Stuart Evans me hizo una llamada para decirme que Clark había tomado el avión de Tokio. Eso le parecía muy extraño y también me lo pareció a mí, porque Clark no tenía nada que hacer en Tokio.

—¿Cómo supo Stuart que Clark había, viajado a Tokio?

—Casualmente lo vio en el aeropuerto y había preguntado a los empleados.

—Nunca creo en las coincidencias.

—¿Supone que Stuart vigilaba a Clark?

—Es posible, pero continúe.

—Stuart sugirió que debíamos ponernos en contacto con Gregory, que estaba en Chicago ejerciendo su profesión de médico. Gregory vino enseguida... Sostuvimos una reunión... Al final decidimos lo que íbamos a hacer... Contrataríamos a un investigador privado para que nos dijese qué había ido a hacer Clark a Oriente.

—¿A quién contrataron?

—A un investigador llamado Duff Hamilton.

—¿Cuál fue el resultado?

—Hamilton regresó al cabo de una semana, un avión después que lo había hecho Clark. Al darnos su informe, nos llenó de

sorpresa.

—¿Por qué?

—Nuestro querido sargento Clark Dalton no se había contentado con ir a Tokio. Había volado hasta Seúl, y después viajó hacia el Norte, aunque no llegó a cruzar el paralelo 38. Se detuvo en una aldea llamada Majong.

—¿Qué hizo allí?

—El investigador sólo dijo que Clark había estado unas horas en Majong y que luego regresó a Seúl en el coche que había alquilado en la capital de Corea del Sur.

—Creo que le entiendo, Effie... Usted, Gregory y Stuart pensaron que Clark había regresado a Corea por el tesoro.

—Sí.

—¿Qué pruebas tienen de eso?

Effie se pasó una mano por la cara.

—Le repito que Clark no tenía nada que hacer en Corea... Era un dibujante comercial, contratado por una agencia de publicidad... Tenía su trabajo aquí... ¿Por qué iba a volver a Corea cuando sólo tenía de ese país recuerdos que cualquier hombre querría olvidar?... ¿Por qué se fue tan precipitadamente?... ¿Por qué hizo dos días de viaje a una aldea desde Seúl para estar allí solamente unas horas?... Si usted se cree tan listo, conteste a eso...

—¿Le hicieron la pregunta a Clark?...

Effie se mojó los labios con la lengua.

—Sí, se la hicimos.

—¿Quién?

—Citamos a Clark en un restaurante.

—¿Usted, Gregory y Stuart?

—Sí, los tres.

—¿Qué pasó en esa reunión?

—Nuestro querido sargento se presentó repartiendo sonrisas entre sus antiguos camaradas, y también se mostró muy atento preguntando por nuestra salud. Entonces, Gregory ya no tuvo paciencia para soportar aquella hipocresía y le preguntó por las gemas. —Effie se echó a reír—. Tenía que haber visto la cara de sorpresa de Clark... Contestó que todos sabíamos lo que había sido de ellas, que habían ido a parar al bolsillo de un capitán de los norcoreanos... Gregory le dijo que era un embustero y destapó la

olla... Le dijo que sabíamos perfectamente que se había llegado a Corea y que el motivo de su viaje no podía ser otro que el de recuperar el tesoro del templo de Tai-Tsung.

—¿Cuál fue su respuesta?

—Lo negó.

—Pero imagino que daría una explicación de su viaje.

—Sí, la dio.

—¿Cuál?

—Fue a aquella aldea en busca de un pintor coreano que había conocido en el campo de prisioneros... Según Clark, le había prometido enseñarle la técnica de ciertas mezclas de colores.

—¿Y si fuese cierto?

—No diga tonterías... Está claro como el agua que Clark Dalton guardó las gemas en Corea, antes de que lo hiciesen prisionero... Luego, sólo tuvo que regresar para hacerse con ellas. Pero tenía que dejar pasar algún tiempo, porque imaginó que, cuando volviese de allá, los primeros años nosotros lo vigilaríamos... De todas formas, tomó sus precauciones, haciendo un viaje relámpago...

—Pero, Effie, ustedes no tienen ninguna prueba de que todo eso sea cierto...

—Claro que la hay.

—¿Cuál?

—La supuesta muerte de Clark. ¿Es que no se da cuenta? No existió el accidente y por eso el ataúd estaba vacío... Clark está vivo. Nos la quiso jugar porque sabía que no podría engañarnos durante más tiempo... Stuart lo amenazó, le dijo por teléfono que lo íbamos a atrapar entre los tres y le íbamos a retorcer el pescuezo como no nos diese la parte que a cada uno nos había robado... ¿Lo entiende ahora?... Clark sintió miedo. Pensó que hablábamos en serio y entonces decidió interpretar ese estúpido número de su muerte por accidente. Pero óigalo bien, Martin: Clark está en alguna parte, y ya puede estar seguro de que las gemas no estarán muy lejos de él... Cuando encontremos a Clark; también encontraremos el tesoro del templo de Tai-Tsung.

Duke Martin se levantó.

—¿Alguna cosa más, Effie?

—Se lo repito, Martin. Recibirá un diez por ciento del importe total, pero no trate de conseguir más por sus propios medios.

—Tendrá noticias mías.

Martin hizo un saludo a la rubia platino y a Effie y salió de allí.

CAPÍTULO VIII

Doris Dalton abrió la puerta, pero ahora la hermosa pelirroja ya no se cubría con un vestido negro, sino con pantalón y blusa de lamé dorado.

—Hola, embustera —dijo Duke, pasando por su lado. La joven se volvió sin cerrar la puerta.

—¿Qué ha dicho usted?

Duke clavó su mirada en los grandes ojos de la joven.

—Ande, cierre, si no quiere que los vecinos se enteren de que viven al lado de la más grande mentirosa de Nueva York.

Doris pegó un fuerte empujón a la puerta, cerrándola de golpe. Luego cruzó los brazos.

—¿Qué mosca le picó, Duke?

—Estuve hablando con Effie Callaghan y me contó la verdad.

—¿Cuál es la verdad?

—Tal como usted dijo, Clark tomó parte en la guerra de Corea, pero le pasaron allí muchas cosas. Por ejemplo, yendo de patrulla en compañía de Stuart, Gregory y Effie encontró un tesoro en el templo de Tai-Tsung... Acordaron repartirse el valor de las gemas, con lo cual iban a tocar a un cuarto de millón por cabera... Ande, dígame que no sabía nada.

La joven movió la cabeza.

—Ni una palabra.

—Vaya, y tampoco sabe que su marido fue hecho prisionero por los norcoreanos y que se pasó once años en un campo de concentración...

—No es posible.

—Lo dice con tanta ingenuidad que uno estaría dispuesto a jurar que realmente lo ignoraba.

—No le miento, Duke. No sabía nada de eso acerca de Clark. Es más, no creo que sea cierto... Lo han engañado.

—¿Insiste en que usted dice la verdad?

—Desde luego —contestó la joven, levantando la barbilla.

—Muy bien, vamos a saber enseguida quién de ustedes tiene la razón.

—¿Cómo lo va a saber?

—Con una simple llamada. Tengo un amigo en el Pentágono. Hicimos el servicio militar juntos y hará por mí lo que le pida... Será poca cosa, una simple comprobación.

Martin sacó el cuaderno donde apuntaba los números telefónicos, buscó en él y marcó un número.

Cuando estableció la comunicación, dijo que deseaba hablar con James Campbell.

Esperó unos segundos y enseguida oyó la voz de su amigo al que se dio a conocer.

—Oye, Campbell, quiero que me digas lo que sepáis acerca de un ex combatiente de Corea, el sargento Clark Dalton... Pero no quisiera que te demorases demasiado.

Encendió un cigarrillo mientras esperaba, y al cabo de unos minutos, su amigo le dio la respuesta.

Duke le dio las gracias y colgó.

Miró a Doris, que estaba en pie, al otro lado de la mesa ratona.

—Effie Callaghan ganó.

—¿Qué?...

—Clark fue hecho prisionero en Corea. Estuvo once años en los campos de concentración, intentó escapar tres veces sin conseguirlo... Lo condenaron a muerte, pero se salvó en el último minuto... Mi amigo Campbell agregó un detalle que Effie no mencionó.

—¿Qué cosa?...

—Que Clark perdió la memoria.

—¿Quiere decir que la había perdido también cuando lo dejaron en libertad?

—Exactamente.

—¿Y cuándo la recuperó?

—Nunca.

—Eso no es posible.

—Según me ha dicho Campbell, Clark pasó seis meses en un hospital militar. Un equipo de especialistas trató por todos los medios de devolverle la memoria, hablándole de sus amigos, de su vida antes de que cayese prisionero... De ese modo, Clark pudo saber los nombres de Effie, de Stuart y Gregory...

—Señor Martin, ¿quiere insinuar que Clark representó una comedia con sus amigos al decir que se acordaba de ellos?

—No hay duda.

—Es lo más inverosímil que he oído en mi vida.

—Sin embargo, tiene todo el aspecto de ser cierto y eso justificaría por qué no le contó nada de Corea... Usted me dijo antes que Clark había participado en la guerra de Corea sin pena ni gloria.

—Sí, es cierto.

—¿No le parece extraño eso?

—Ahora que lo dice usted y que me ha contado lo de la pérdida de memoria, parece que encaja.

—Todavía le falta saber algo importante, Doris.

—¿De qué se trata?

—Su esposo realizó un viaje a Oriente hace un año.

—Oh, no...

—Voló a Tokio y de allí a Seúl.

—Qué tontería. Clark se fue a descansar a Texas. —¿A qué parte de Texas?

—Al rancho de un amigo.

—¿Qué amigo?

—Creo que era un tal Appleton.

—¿Conoce usted a ese tal Appleton?

—No.

—¡Entonces, ya puede estar segura de que su marido nunca fue a Texas!

La joven se apretó las sienes.

—No entiendo nada. Es demasiado confuso para mí. —
Consuélese. También lo es para mí.

Doris dio unos pasos y miró otra vez a Duke.

—Dígame, Martin, ¿a qué fue Clark a Seúl?

—Alquiló un coche y se dirigió a una aldea llamada Majong. Según Callaghan, fue allí por las gemas que había escondido

muchos años antes.

—¿Qué opina usted?

—La historia puede ser verdad, al menos tiene las características para que ocurriese como dijo Effie.

—¿Por qué ha de tener él razón?

—Porque son tres contra uno.

—¿Ha hablado con Gregory Moss y Stuart Evans? —Todavía no, pero hablaré con ellos.

—Creo que comprendo lo que Effie piensa. Clark hizo una pantomima para quedarse con todo el tesoro.

—Así es.

—Clark no puede ser así.

—¿Por qué no?

—Era noble, sincero...

—¿Cómo puede decir eso? La engañaba con unas y otras.

—No creo una palabra acerca de lo que las demás mujeres puedan decir de Clark.

—Paula Crook fue bastante explícita. Recuerde, Clark la iba a llevar a Coney Island. Tirarían al blanco y luego viajarían por el túnel del amor.

—No hacía falta que repitiese eso...

—Usted está enamorada de Clark, y como es lógico, le defiende a cualquier precio.

—He querido ser sincera con usted y le he dicho que estoy completamente confundida.

—No me gustaría que protegiese demasiado a Clark.

—¿Qué quiere decir?

—Por ejemplo, que usted supiese dónde está y lo silenciase.

—¡Claro que no lo sé! ¡Yo creí que estaba muerto!

—También podía formar parte de la comedia.

—Oh, no, usted no puede pensar eso de mí...

—Olvídelo, era un disparo al aire. Ya me voy.

Duke se dirigió hacia la puerta, pero ella corrió detrás.

—Martin, quiero hacerle una pregunta.

—¿Sí?

—¿Cree sinceramente que Clark está vivo?

—Tendrá que esperar un poco para que le conteste.

—Quiero que lo haga ahora.

—Muy bien, lo haré. —Martin hizo una pausa—. Pienso que su marido vive.

—Es maravilloso —exclamó la joven, sin poder contener su alegría.

—No, no lo es, señora Dalton... Si Clark está vivo, significa que todo esto lo ha montado él y que quiere quedarse con las gemas. Al fallarle el plan, puede llegar a cualquier cosa; por ejemplo, al asesinato...

—No diga eso, señor Martin... Clark no es un asesino.

—Un hombre puede matar a cambio de un millón de dólares... He conocido a algunas personas que lo hicieron por mucho menos dinero... Ya no puedo entretenerme más, señora Dalton.

—Prométame que me tendrá al corriente de lo que descubra.

—Desde luego, señora Dalton, lo sabrá todo puntualmente.

CAPÍTULO IX

Duke Martin empujó la puerta en que ponía: «Stuart Evans, agente artístico».

En la sala de espera había tres personas.

Al fondo, una rubia tecleaba en la máquina de escribir.

Duke se dirigió a su encuentro.

—Quiero ver al señor Evans.

—Todos lo quieren ver —contestó la rubita sin mirar a Duke—.

Pero tendrá que marcharse si no está citado.

—El señor Evans me recibirá.

La rubita levantó los ojos de la máquina.

—No me diga que es inspector del fisco.

—¿Tengo aspecto de eso?

—Yo diría que no.

—Gracias.

—Pero su aspecto es de algo peor.

—¿Qué cosa?

—El de un actor de tercera categoría en busca de un empleo de cinco dólares diarios y que se cree irresistible con las mujeres.

—No, querida, no soy eso, pero usted va a ser una buena chica y le va a decir a su jefe que Duke Martin está aquí para hablarle de las gemas.

—¿Qué gemas?

—Zafiros, rubíes, esmeraldas...

La rubita rió con descaro.

—Oh, sí. Usted tiene esas piedras preciosas en el bolsillo.

—Es posible.

—Y yo soy la Taylor, ya filmé *Cleopatra* y me pagaron un millón de dólares. Ahora me ofrecen millón y medio por mi próximo filme,

pero rechacé el papel porque tengo que salir muy vestida.

—Fue un buen chiste.

—No veo que se ría.

—Estoy en uno de mis días malos. El estómago no me deja reír.

—Señor Martin, usted es un tipo con mucha inventiva, pero no logrará hoy una entrevista con el señor Evans. Tomaré nota de su nombre y haré todo lo posible para que lo reciba mañana a las diez. No lo olvide. Sea puntual.

Duke sacudió la cabeza y encaminó sus pasos hacia la puerta del fondo.

—Eh, ¿adónde va? —exclamó la rubita.

—A hablar con el señor Evans.

—Pero ya le he dicho...

—Sí, me ha dicho que debo esperar a mañana, pero da la casualidad que mi asunto no admite demora.

La rubita secretaria ya estaba corriendo y se puso delante de Martin.

—Nena, usted debería dedicarse a correr las cien yardas.

—Ya lo hice en la Universidad, pero abandoné porque seis chicas lo hicieron en menos tiempo que yo.

—¿Cuál es su nombre?

—Emma.

—Muy bien, Emma, voy a entrar ahí y lo haré aunque sea por encima de su linda fachada.

La joven apretó los dientes.

—Se cree un tipo enérgico.

—Soy un tipo enérgico.

Emma entornó los ojos.

—¿Está libre esta tarde?

—Es posible.

—Saldré a las seis.

—Lo tendré en cuenta.

—Ande, retírese de la puerta y lo anunciaré... ¿Qué fue lo que me dijo?... Ah, sí, gemas...

—Zafiros, rubíes y esmeraldas.

—Pero ahora debemos hablar en serio... ¿Quién le digo que es?

—No cambiaron en nada las cosas. Dígale sólo eso. Que llegó el hombre de las gemas...

Emma se encogió de hombros y abrió la puerta, desapareciendo en el interior de la habitación.

Duke se puso un cigarrillo en los labios. Iba a frotar un fósforo cuando se abrió la puerta de nuevo y vio en el hueco a Emma. La cara de la joven había cambiado en los pocos segundos transcurridos. Ahora estaba pálida.

—Señor Martin —dijo.

—¿Qué pasa, Emma?

—Ahí dentro..., el jefe...

—Ya sé... Lo sorprendió con la contorsionista...

La joven tragó saliva.

—Está muerto...

Las piernas se le doblaron y habría caído al suelo de no sostenerla Duke.

—Eh, muchacha, no puede desmayarse ahora...

La llevó a la silla.

—Cálmese, Emma... Yo iré a ver qué pasa.

Duke corrió a la habitación de donde Emma había salido.

El hombre que debía ser Stuart Evans estaba al otro lado de la mesa, sentado en su sillón giratorio, con la cabeza doblada. Tenía clavado un abrecartas en el cuello. La sangre fluía todavía por la herida.

Duke miró a su alrededor, pero no había nadie, excepto el muerto y él.

Al fondo descubrió otra puerta, que abrió. Daba acceso al pasillo.

El asesino había huido por allí, y cabía suponer que también había utilizado aquel camino para entrar.

Cerró la puerta y regresó a la mesa.

Examinó unos papeles. A veces los que morían asesinados dejaban escrito el nombre del criminal.

Pero Stuart Evans había sido un descuidado.

Salió del despacho.

Un hombre estaba ofreciendo un vaso de agua a Emma.

De pronto, la joven saltó de la silla gritando:

—¡Han asesinado al jefe! ¡Lo han asesinado!...

Entre los artistas que esperaban ser recibidos cundió el desconcierto.

Duke se plantó delante de la rubia.

—Oiga, Emma, ¿a quién recibió últimamente el señor Evans?

—Al trío Visconti, trapecistas. Son conocidos también por los Angeles Voladores.

—Recuerde, ¿qué pasó después que se fueron los Angeles Voladores?

—Oh, sí, el jefe me llamó por el dictáfono para decirme que esperase quince minutos a introducir al próximo visitante.

—¿Por qué?

—Tenía que resolver un asunto.

—¿Qué asunto?

—No me lo explicó. Pudo ser que iba a tomar un *whisky*, o consultar unos papeles, cualquier cosa...

—O recibir a su asesino —dijo Duke.

—¿Qué vamos a hacer ahora, señor Martin?

—Llamar a la policía.

—¡La policía! —exclamó Emma—. Se va a armar un escándalo... ¿Qué será del negocio?

—Emma, su jefe no lo va a sentir —contestó Martin, y salió rápidamente de allí.

* * *

Duke entró en el hotel Victory y se detuvo en la recepción, que era atendida por un hombre de cabello aceitoso.

—Busco a Gregory Moss.

—Hace un momento que subió a su habitación.

—¿Me quiere anunciar? Soy Duke Martin.

El empleado habló por el teléfono y colgó enseguida.

—El señor Moss dice que no quiere ser molestado por nadie. Le cité su nombre, pero asegura no conocerlo.

Martin le enseñó un billete de a dólar.

—¿Cuál es su habitación?

—Lo siento, señor Martin, pero no puedo permitir que suba.

Duke agregó otro dólar.

—Habitación ciento veintisiete, cuarta planta —contestó el empleado.

Duke subió en el ascensor.

Poco después llamaba en la habitación 127.

Le abrió un hombre de unos cuarenta años de edad, en mangas de camisa.

Sus facciones eran alargadas, la nariz aguileña.

—Soy Duke Martin, señor Moss.

—Le dije que no lo recibiría.

—Tendrá que hacerlo.

—¿Acaso es de la policía?

—¿Tenía que serlo?

Moss dio un suspiro.

—Oiga, señor Martin, no me gusta esta conversación. Es necia e incongruente.

—En compensación, diré algo que le resultará lógico.

—Inténtelo.

—Asesinaron a Stuart Evans.

Martin observó el rostro de Gregory Moss y vio cómo se demudaba.

—¿Qué broma es ésta, señor Martin?

—¿Cree que puede ser una broma?

—Está bien. Pase.

Duke entró en la habitación.

Gregory Moss sacó un paquete de cigarrillos.

—¿Fuma?

—Sí.

Encendieron con el mismo fósforo que Moss prendió.

Martin notó que la mano le temblaba.

—¿Cómo mataron a Evans? —inquirió el huésped de la habitación.

—Le clavaron en el cuello un abrecartas.

Moss se pasó una mano por la cara.

—Es horrible... Ese maldito Clark no se conformó con robarnos. Ahora nos ha condenado a muerte.

Se interrumpió y miró a Duke.

—Sé que trabaja usted para Doris Dalton... Lo vi en el funeral.

—No sabía que hubiese estado allí.

—Me quedé al final de la sala, junto a la puerta... Sepa una cosa, señor Martin. Yo tampoco estaba muy convencido de que Clark hubiese muerto realmente.

—¿Por qué no?

—Habría sido una muerte demasiado providencial para él. Pero no sé por qué le hablo... Márchese, señor Martin.

—No puedo irme ahora.

—¿Quiere que lo saque de aquí a puñetazos?

—Tranquilícese, señor Moss. Antes de ir al despacho de Stuart Evans hablé con su otro compañero, Effie Callaghan. El me contó la historia.

—¿Por qué se la contó?... Siempre dije que Effie era un estúpido y, además, incumplió su promesa. Habíamos acordado que guardaríamos el secreto entre nosotros.

—Me prometió un diez por ciento del valor de las gemas si las recupero.

—¡Usted no cobrará un centavo! ¡Desde ahora se va a apartar del asunto!

—Ya no puedo apartarme, Moss. Recuerde, se ha cometido un crimen, o quizá dos...

—¿Por qué dos?

—Clark puede estar muerto.

Gregory soltó una carcajada.

—¿Lo dice en serio?... Si es así, me demostrará que la señora Dalton contrató a un hombre que no tiene una pizca de inteligencia... Es Clark quien ha asesinado a Stuart.

—Pruébelo.

Moss dejó correr unos segundos.

—No puedo probarlo ante un tribunal, pero está claro como el agua. Clark se ha querido quedar con las gemas... Todo lo hizo impulsado por esa razón. Y ahora está dispuesto a quitarnos de en medio.

—Hay algo con respecto a Clark que usted ignora.

—¿Qué es ello?

—Cuando Clark regresó de Corea, era un amnésico.

Gregory Moss se quedó sin habla unos instantes. Otra vez se echó a reír.

—Me imagino que esa historia la habrá contado Doris Dalton. Los dos están en combinación para impedir que nosotros cobremos nuestra parte del tesoro.

—Lo voy a decepcionar a ese respecto, Gregory. Doris Dalton

ignoraba la historia de su marido con respecto a Corea. Nunca supo que él había sido hecho prisionero ni que, cuando volvió, había perdido la memoria.

—Si usted ha creído eso de buena fe, es más estúpido de lo que yo imaginaba. ¿Qué va a decir ella?

—Admito que Doris Dalton podría tener razones para engañarme, pero no lo hizo.

—Oiga, señor Martin, hay un millón de dólares en juego y por una cantidad así un hombre o una mujer pueden representar *Hamlet* o *El sueño de una noche de verano*...

—Gregory, yo supe la historia de Clark por Effie y por un amigo que tengo en el Pentágono, mitad y mitad.

—Eso no quiere decir que Doris ignorase la historia.

—Sé cuándo una persona me engaña.

—Qué tipo más grande es usted, señor Martin... Si posee esa cualidad, podía ofrecerse al presidente para representarnos ante las Naciones Unidas. En ese puesto prestaría grandes servicios al país.

—Bonito sarcasmo.

—Y ahora, adiós.

—Aún no terminé con usted, Gregory.

—Yo, sí.

—El empleado me dijo que usted acababa de llegar al hotel. ¿Dónde estuvo usted? ¿Fue a hablar con Stuart Evans?

—¿Eh?

—Usted ya me entiende.

Los ojos de Gregory Moss relampaguearon.

—Sí, lo entiendo perfectamente. Cree que yo he podido matar a Stuart.

—¿Dónde estuvo?

Gregory Moss se miró la punta de los zapatos y, de pronto, disparó el puño derecho.

Martin fue pillado por sorpresa. Aunque se agachó, los nudillos de Moss le arrancaron un trozo de piel del cuello.

Se estrelló contra la puerta, ahogándose.

Vio que Gregory avanzaba sobre él para golpearlo de nuevo.

Tuvo que hacer un esfuerzo para reunir las energías en su brazo izquierdo.

Logró alcanzar a Moss en el mentón.

Gregory voló un gran trecho, cayó sobre la cama y salió rebotado contra la pared. Allí quedó en el suelo, gimiendo, casi inconsciente.

Martin se dirigió al lavabo porque todavía no podía respirar normalmente.

Se echó agua en la cara.

Se volvió al ver en el espejo que Gregory se estaba levantando.

—¡Hijo de perra!... Le voy a romper las costillas...

—No sea chiquillo, Gregory... Tengo tanto interés como usted en atrapar al asesino...

—Cuénteselo a su tía. Sólo quiere las gemas... Ande, confiéselo, se le abrieron los ojos cuando Effie le contó que nosotros habíamos logrado unas piedras que valen un millón de dólares.

—Me metí en este jaleo por mil dólares que me prometió Doris Dalton.

—Pero luego pensó que podía conseguir mucho más, nada menos que un millón.

—Deje ya de repetir eso, Gregory. Usted puede ser la próxima víctima.

La cara de Moss estaba surcada por un ramalazo de ira.

—¿Qué pretende metiéndome miedo? ¿Que me aparte del asunto, que me vuelva a Chicago? —De pronto chascó los dedos—. ¿Cómo no lo he pensado antes?

—¿Qué cosa?

—Usted fue contratado por Doris Dalton, y eso quiere decir que está trabajando para Clark.

—No sabe lo que dice.

—Usted mató a Stuart, y ha venido aquí para asesinar me a mí también.

—Le dije que se calmase.

Pero Gregory ya se había recuperado y se lanzó sobre Martin.

Duke soltó una maldición para sus adentros, levantó el brazo para detener el ataque de Moss, pero éste cayó sobre él como una tromba.

Recibió dos golpes y dio a cambio uno.

Gregory tenía una fuerza descomunal, estaba como loco.

Duke pensó que sólo tenía una solución. Dejarlo sin conocimiento.

Pero se encontró con algo que no esperaba.

Gregory Moss tenía algo en la mano. Una pistola.

Aquello era algo alarmante. Gregory podía matarlo.

Le pegó en el hígado y en el estómago.

Pero ya no pudo hacer más porque algo chocó contra su cabeza.

Habría jurado que no había oído la explosión, pero quizá se moría así.

Todo se volvió oscuro a su alrededor y el frío penetró en sus huesos.

Luego se produjo otro choque y pensó que era su cara que se había estrellado contra el suelo.

Más tarde empezaron a correr los años, los siglos.

De aquella cosa negra como un mar de tinta brotó una pequeña lucecilla, que se fue haciendo cada vez más intensa.

En su cerebro pareció descorrerse un telón y volvió a la realidad.

Se encontraba en la habitación de Gregory Moss. No estaba muerto.

Apoyó las palmas de la mano en el suelo y movió la cabeza.

—Gregory —llamó.

No obtuvo respuesta.

Se incorporó trabajosamente, apoyándose en la pared.

Gregory se había marchado después de dejarlo sin sentido.

Otra vez se acercó al lavabo y se echó agua en la cara.

Se estaba secando con la toalla cuando se abrió la puerta bruscamente y una voz que conocía bien dijo:

—¿Qué tal está, señor Martin?

Era Timothy Flagg, sargento de la Brigada de Homicidios.

—Por lo que más quiera, Flagg, no me hable durante la próxima media hora.

—¿Por qué no, señor Martin? —dijo el sargento, con evidente ironía.

—Cada palabra es como una flecha que me atraviesa el cerebro.

—Va a recibir muchos flechazos, señor Martin... Cuestión profesional, ya sabe... Se supone que soy un policía que debo investigar por qué las personas mueren violentamente. Y aquí justamente hay un muerto, un hombre que ha sido retirado de la circulación al recibir una bala en la cabeza.

Duke permaneció inmóvil, tratando de poner en orden las ideas

que le sugería el sargento Flagg.

Vio que el sargento estaba señalando el lado derecho de la cama, el más cercano a la pared.

Martin se movió hacia allí, y se detuvo apoyándose en las patas de la cama.

No hacía falta que se acercase más, porque desde allí podía ver a Gregory Moss. El sargento no lo había engañado. A Gregory le habían volado la cabeza.

CAPÍTULO X

—Eh, sargento, usted no creerá que yo he matado a este hombre — dijo Duke Martin.

—Claro que no. ¿Cómo iba a pensar yo en semejante cosa?

—Gracias, sargento.

—No hay de qué, muchacho, no hay de qué.

—Dígame, ¿cómo vino a parar aquí, señor Flagg?

—Yo también me puse a investigar la desaparición del cadáver de Clark Dalton, ¿recuerda...? Hablé con la señora Dalton y me dijo que usted se disponía a visitar a dos amigos del difunto Dalton.

—Cuidado, sargento, no debe decir el difunto Dalton. Todavía no ha aparecido su cadáver.

—Oh, excúseme.

—De nada, sargento.

—¡Pero ahora hay dos cadáveres...! —Gritó el sargento con los puños cerrados, los ojos fuera de las órbitas—. ¡Y ninguno de ellos es el de Clark Dalton!

—Sargento, le pedí antes que no gritase.

—Fui primero a la oficina del agente artístico, Stuart Evans, ¿y cómo me lo encuentro...? ¡Ensartado como una mariposa...! ¡Y usted acaba de visitarlo!

—La secretaria de Stuart, Emma, le diría, que cuando yo entré en la oficina, su jefe ya había sido acuchillado.

—Tengo mis dudas... Usted pudo entrar por la puerta de acceso directo al despacho de Evans, salir por ella y entrar luego por la destinada al público con el objeto de prepararse una coartada.

—¿Usted cree eso, sargento?

—¡Sí...! ¡Lo creo...! Luego se vino aquí sin detenerse y realizó la última parte de su trabajo.

—Maté de un pistoletazo a Gregory Moss.

—Seguro.

—Eh, sargento, olvida algo muy importante.

—¿Qué cosa?

—Que yo estaba sin sentido cuando usted llegó.

—Pura comedia.

—Entiendo, otra vez mi coartada.

—Correcto.

—Sólo me falta que me diga por qué los mató.

—Eso es lo más fácil de todo.

—Vaya, sargento, está prosperando. Pero dígame esa razón porque estoy la mar de interesado en conocerla.

—Hice cantar a la señora Dalton.

—¿De veras?

—Ella me explicó el tesoro de ese templo coreano... La ambición le ha cegado, Martin, y eso tenía que suceder necesariamente. Usted ha sido siempre un pobre. Es lógico que haya querido aprovechar su oportunidad.

—No está mal.

—¿Cómo?

—Estaba pensando en que si mi abogado defensor dice todo eso ante un jurado, es posible que los consiga enternecer...

—¿Va a confesar, Martin?

—¿De usted para mí?

—Claro, le prometo que le guardaré el secreto.

—Está bien, jefe.

El sargento Flagg sonrió yendo al encuentro de Martin, a quien palmeó la espalda.

—Ande, empiece, Martin.

—Ahora mismo, sargento —dijo Duke y le soltó un terrible puñetazo entre los ojos.

Flagg soltó un aullido mientras se ponía a correr endiabladamente hacia atrás. Al final estaba la pared y allí se estrelló. Luego, puso los ojos en blanco y se deslizó suavemente, quedando sentado en el suelo, sin conocimiento. Su sombrero había quedado algo ladeado, por lo que Martin se le acercó para colocárselo en debida forma.

Luego, Duke ya no se entretuvo más porque pensó que, cuando

el sargento Flagg volviese en sí, allí podrían ocurrir muchas cosas.

* * *

Duke se metió en una cabina telefónica y marcó el número de Effie Callaghan.

Desde la otra parte atraparon el auricular e identificó la voz de Marge.

Duke se dio a conocer y dijo que quería hablar con Effie.

Tuvo que esperar un minuto para oír a Callaghan.

—¿Qué pasa, Martin...?

—Effie, tengo que darle una mala noticia por partida doble...
Stuart Evans fue asesinado...

—No puede ser.

—Lo acuchillaron en su propia oficina.

—¿Atraparon ya a Clark?

—No, todavía no.

—Usted habló de mala noticia por partida doble.

—Mataron a Gregory Moss.

—¿También lo acuchillaron?

—No. A él le dedicaron una bala.

—¿No pudo impedirlo usted?

—Sí, pude evitar la muerte de Gregory Moss, pero el propio Gregory impidió que yo lo lograra. Me dejó fuera de combate. Resultó muy malo para él porque *el* asesino aprovechó mi sueño para cargárselo.

—¿Pero qué hace la policía?

—La policía ya persigue a alguien... A mí.

—Entiendo, creen que usted mató a Gregory.

—Sí, pero también me adjudican el otro cadáver.

—Eso es absurdo... Ha sido Clark. Deben buscarlo a él.

—¿Tiene usted pistola?

—Sí.

—Téngala preparada.

—No se preocupe, la tengo lista...

—Usted será el próximo en la lista de Clark.

—Que venga cuando quiera, lo espero.

—Celebro que esté prevenido.

—Oiga, Martin, existe un medio para saber dónde está Clark.

—¿Cuál?

—Estoy seguro de que la señora Dalton debe conocer su paradero.

—No es mala idea. Le preguntaré a ella.

—Haga algo más que preguntarle, oblíguele a cantar el resto, y no lo deje para más tarde.

—Tendré que ir con un poco de cuidado. Recuerde que la policía me estará buscando.

—Le recuerdo que yo le iba a pagar un diez por ciento del valor de las gemas.

—Por ahora es un diez por ciento de nada.

—Pero serán cien mil dólares si consigue atrapar a Clark.

—Sí, Callaghan. No lo olvido un solo momento. Hasta la vista.

* * *

Alma Rick era la dueña del hotel el Descanso del Viajero, donde Duke Martin y su amigo Lou Bates se hospedaban cuando se encontraban en Nueva York.

Alma Rick pesaba mucho más de cien kilos, y sentía una instintiva simpatía por el sargento de la Brigada de Homicidios, Timothy Flagg. Quizá eso, se debiese a que ambos tenían que luchar constantemente contra los mismos enemigos, Duke y Lou.

Aquel par de vivales, pensaba Alma, sólo le traían líos, y Duke y Lou tenían un misterioso magnetismo para relacionarse con casos de asesinato. Lo cual, cuando se daba a la publicidad, era muy mala propaganda para su hotel.

Además de todo eso, Duke y Lou eran muy malos pagadores. Era increíble la forma en que se las arreglaban para gastar el dinero. Cuando lo tenían. Uno podía ver a Duke con cien dólares y ya podía jurar que al día siguiente se encontraría sin blanca. Y Alma Rick estaba dispuesta a jurar sobre la tumba de sus padres que Duke Martin gastaba tanto por culpa de las mujeres.

De pronto, vio a Lou Bates que bajaba la escalera, despaciosamente, de puntillas, tratando de ganar la puerta de la calle.

—¡Lou! —gritó.

El amigo de Luke, que era un magnífico ejemplar de levantador de pesos, dio tal respingo que estuvo a punto de arrancar de cuajo el pasamanos de la escalera.

—Hola, señora Rick —di I o Lou tratando de sonreír.

—¡Venga aquí inmediatamente!

Lou estaba pasando muchos apuros desde que vio por última vez a Duke. No había comido, no había bebido, no había...

—Ahora vuelvo, señora Rick. Sólo iba por el diario.

—Usted no puede ir a por el diario porque dudo mucho que sepa leer, señor Bates.

—Está ofendiendo mis derechos constitucionales —contestó Lou tratando de imitar a Duke.

Alma Rick arrugó el entrecejo.

—Deje de hacer el gorila y acérquese... Le conviene.

—Sí, señora Rick.

Lou se acercó al registro y Alma preguntó:

—¿Tomó usted parte en los asesinatos, Lou?

—Oh, no, señora Rick. No tomé parte. Lo juro...

—¿Sabe que su amigo es perseguido por la policía de la ciudad?

—Pobre Duke.

—No le tenga lástima. Es un peligroso criminal.

—Siempre oí decir que se debe compadecer al delincuente...

—Duke no lo merece porque es un hombre demasiado listo... Podría hacerse millonario si se dedicase a trabajar.

—Es lo que le he dicho yo muchas veces, señora Rick —repuso Lou—. Pero nunca me escucha... Duke es hombre perdido en cuanto conoce una mujer bonita, o encuentra un cadáver... Y las dos cosas se le dan bárbaro.

—Lou, quería hablar con usted como amiga.

Bates quedó perplejo. Había esperado que La Ballena, como él y Duke la llamaban respetuosamente, se le pusiese a gritar. En aquellos momentos, Duke y él debían una semana de hospedaje.

Pero Alma estaba hecha miel.

—Diga, señora Rick. Si hace falta que le arreglen un lavabo, aquí estoy yo para servirle de fontanero...

—¡Oh, no! —gritó Alma recordando que la última vez que Lou le sirvió de fontanero le causó desperfectos por valor de treinta y siete dólares.

—¿Quiere que arroje a la calle algún mal pagador?

Lou se mordió el labio inferior porque inmediatamente se dio cuenta que no debía haber dicho eso, ya que la respuesta de Alma debía ser: «Tírese por la ventana usted mismo».

Sin embargo, Alma dijo:

—Lo único que quiero es que me diga dónde está Duke.

—No lo sé.

—Vamos, vamos... Seguro que usted sabe el escondite de Duke.

—Le juro que no me lo dijo. No veo a Duke desde antes de que se fuese a ese maldito funeral donde apareció un ataúd vacío...

—Lou, quizá se acuerde de los lugares que Duke acostumbra a visitar en cuanto _ se encuentra a malas con la policía, lo cual ocurre con mucha frecuencia.

—No tengo ni la menor idea.

—Lou, me está engañando.

—¿Por qué iba a engañarla yo, señora Rick? Pero dígame, ¿por qué quiere saber dónde está Duke?

—Para llevarle alimentos.

—¿Alimentos ha dicho?

—Sí, Lou. He estado pensando en el pobre Duke perseguido por toda la ciudad como una alimaña... ¿Se da cuenta? No habrá podido meterse en un restaurante por temor a que lo identifiquen...

—Es cierto. ¿Qué va a ser de Duke?

—Pero aquí estamos dos amigos suyos para echarle una mano.

—Señora Rick, debo decirle muy aprisa que me perdone.

—Perdonarle, ¿por qué?

—Porque siempre he pensado que era usted una tacaña... Y una maldita embustera... Y también que, si se quedó viuda, fue porque mató a disgustos a su marido...

Alma Rick estuvo a punto de perder la paciencia, pero hizo un esfuerzo sobrehumano, lo cual no fue notado por Lou porque el amigo de Duke no era precisamente muy sagaz como observador de sus semejantes.

—Quiero demostrarle que se equivoca, Lou —prosiguió Alma—. Ustedes son para mí como dos hijos... Y ahora acabo de perder a uno de ellos. Quiero ayudar a Duke. Sólo eso, ayudarle...

—Duke se va a alegrar mucho cuando lo sepa porque también él ha pensado muy mal de usted... ¿Sabe lo que me hice cuando se

despide de mí en el hotel?: «Cuidado, Lou, no te pegue un coletazo esa ballena».

La cara de Alma Rick se congestionó. Su mano derecha, por debajo del registro, empuñaba un abrecartas con el que de buena gana hubiese pinchado a Lou. Pero podía echar a perder su trabajo de captación.

—Ande, Lou. Dígame dónde está su amigo Duke.

—Se lo diré en cuanto lo sepa, y ya puede contar con que Duke ya no le pondrá motes.

Las cortinas que habían más allá del registro se abrieron dando paso a un personaje que Lou Bates conocía. Al sargento Timothy Flagg, de la Brigada de Homicidios.

—¡Basta ya! —gritó el policía. Apuntó con un dedo al sorprendido Lou—. Dígame ahora mismo dónde está Duke o lo llevo a la comisaría por complicidad en triple asesinato.

Alma Rick estalló:

—¡Escuche, Lou Bates, gordinflón, rinoceronte, paquidermo...! Si no colabora con el sargento Flagg, jamás consentiré que vuelva a poner los pies en este limpio y honrado hotel.

Lou, aturdido, levantó la mano derecha.

—Juro que digo sólo la verdad y nada más que la verdad... No sé dónde está Duke.

—¡Y un cuerno no lo sabe! —exclamó el sargento—. Le diré una cosa, Lou. Duke es culpable y ya lo tenía en mis manos, pero me tendió una cochina trampa...

—Ya se lo dije, sargento. Martin es demasiado listo para usted.

Los ojos del sargento Flagg bailaron en las órbitas como cuentas mal ajustadas.

—¡Lou, una palabra más y lo encierro de por vida!

—Hasta la vista, sargento —dijo Lou, y se encaminó hacia la puerta.

—¡Párese ahí! —gritó el sargento.

Lou se detuvo dando un suspiro.

—Eh, oiga, no tengo nada que ver con esos crímenes. Soy un honrado ciudadano que paga sus impuestos.

—¡Pague la cuenta del hotel! —chilló Alma Rick.

Lou Bates soltó un gemido porque estaba desafortunado. Cada vez que decía una frase, la Ballena lo atrapaba en un cepo.

- Claro que voy a pagar, señora Rick.
—Son trece dólares con noventa y cinco.
—En cuanto cambie el billete.
—¿Qué billete?
—El que llevo encima.
—Enséñelo.
—¿Eh?
—He dicho que enseñe el billete.

Lou se quedó aturdido. Otra vez había fallado. Pero eso era lógico. La única persona a quien nadie confundía, era Duke Martin. El trataba de solucionarlo como lo haría su amigo, pero bien pronto se daba cuenta de que no podía conseguirlo porque Duke Martin sólo había uno.

Vencido, iba a volverse los bolsillos del revés para demostrar su penuria, cuando Alma Rick cambió de tono.

—Oiga, Lou, no hace falta que me pague ahora... Puedo esperar a que cambie el billete. Después de todo, usted es un cliente conocido...

—¡Puede marcharse, Lou! —tronó el sargento.

Lou sonrió a ambos, hizo un saludo con la mano y salió a la calle.

Demonios, después de todo se le había pegado algo de Duke, cierta facilidad para convencer a las personas.

Se metió en el salón de billar cercano al hotel de Alma Rick. De vez en cuando, Duke y él iban allí a jugar una partida. Quizá encontrase a alguna de las tres o cuatro personas que habían conocido en aquel lugar y lograrse sacarles por lo menos una jarra de cerveza. Hasta podía encontrarse a alguien generoso que le pagase un *sandwich*.

En el aire se mezclaban los chasquidos de las bolas y los denuestos de los jugadores.

De pronto, una mano tiró del brazo de Lou sumergiéndolo en la penumbra.

- Eh, suelte la zarpa, amigo, o le rompo la cara —dijo Lou.
—Cierra el pico.
—¡Duke!

Sí, era su amigo Duke Martin.

—Lou, no digas mi nombre en voz alta o tendré sobre mí a todos

los polis de la ciudad...

—Te están buscando... El sargento Flagg está en el hotel de Alma Rick... Alma nos traicionó. Quiso tenderme una trampa... Quería ayudarme... Y yo tenía que decirle dónde te escondías... El sargento escuchaba detrás de las cortinas.

—¿Y por qué te dejaron marchar?

—Porque los convencí de que no sabía nada.

—Conque los convenciste, ¿eh? No mires hacia la puerta.

—¿Qué pasa?

—Acaba de entrar el sargento Flagg... Vámonos por la parte trasera. Rápido, antes de que nos descubra.

Los dos amigos se movieron por entre las sombras y poco después salían a la parte trasera del salón de billar, un callejón.

Luego, les fue fácil tomar un taxi.

Duke dio al conductor una dirección en el extremo opuesto de la ciudad.

—Duke, ¿qué tienes que ver con todo eso? —preguntó Lou.

—No maté a nadie, si es lo que te preocupa.

—No me preocupa. Tú no eres un asesino.

—Gracias, Lou.

—Pero estás metido hasta el cuello en el lío.

—Admito que es así, pero valdrá la pena.

—¿Por qué?

—Me han prometido un diez por ciento de beneficios si descubro toda la verdad.

—¿Un diez por ciento de cuánto?

—De un millón de dólares.

Lou saltó en un asiento.

—Duke, dime que estoy soñando.

—No, no lo estás...

—Pero ¿quién tiene un millón de dólares?

—Un tipo que se cree demasiado listo... Tiene en su poder zafiros, esmeraldas, rubíes, brillantes por valor de un millón, y nosotros hemos de quitárselas.

—Dime quién es, y antes de media hora le haré una corbata con sus piernas.

—Hemos de utilizar la astucia y la fuerza. Por eso vine en tu busca.

Lou levantó los puños.

—Ya puedes disponer de la fuerza.

Duke dio una palmada en la espalda de su amigo y se echó a reír, los ojos brillantes. Ahora estaba en las mejores condiciones para enfrentarse al asesino.

CAPÍTULO XI

El rótulo de la puerta decía: «Duff Hamilton, investigador privado».

Duke se coló en una pequeña sala de espera donde no había nadie.

Cruzó hasta el fondo y abrió otra puerta que estaba defendida con cristal esmerilado. Asomó la cabeza y vio a un hombre que estaba muy entretenido en besar a Paula Crook, a la que tenía sentada sobre las rodillas.

Duke se introdujo en la habitación sin que ellos se hubiesen apercebido de su presencia.

Quando se encontró en el centro de la estancia, carraspeó fuerte.

Paula Crook dio un grito y un salto.

De esa forma, Martin pudo ver al hombre. Frisaba en los cuarenta años, y era fornido, de cejas espesas, cara alargada, y hocico saliente.

—Hay tina sala de espera para los visitantes —ladró.

Paula se había quedado con la boca abierta, sorprendida.

—Eh, nena —dijo Martin—, apúntame también para el túnel del amor.

La chica con el cabello del color del trigo se tironeó de las faldas por las caderas.

—Usted va a ir muy pronto a otra parte, señor Martin, y no necesito aclarárselo.

—A la silla eléctrica —contestó Martin.

—Premio —dijo Paula.

El hombre soltó un par de gruñidos y se echó a adelante sobre la mesa, apoyando los brazos en una carpeta.

—¿Conque usted es Duke Martin?

—¿Conque usted es Duff Hamilton?

—Está en un apuro, señor Martin.

—Está en un apuro, señor Hamilton.

La cara del investigador privado se convirtió en una máscara pétrea.

—¿Hasta cuándo va a repetir mis palabras?

—Está bien, Hamilton. Le diré por lo que me llegué a su madriguera...

—Escupa.

—Quiero información.

—Estaré encantado de que sea mi cliente, señor Martin. Mi tarifa es treinta dólares diarios, más los gastos...

—Si yo necesitare un investigador privado, me acordaría antes de un basurero que de venir aquí.

—Es usted duro con sus palabras, señor Martin.

—Todavía no sabe usted lo duro que puedo ser con los puños.

—No me gustan los bravucones, señor Martin, de modo que, será mejor que desista de su actitud. Por otra parte, si no vino aquí para encargarme algún asunto, me temo que tendré que ponerlo en manos de la policía.

—¿De veras?

—Usted es un asesino reclamado.

—Claro, y usted es un honesto ciudadano que sólo piensa en cumplir con sus deberes cívicos.

Duff Hamilton esbozó una sonrisa.

—Me gusta estar bien con la policía... Y como usted puede comprender, en este caso debo colaborar... Mató a demasiada gente.

—Pues todavía no acabé el cupo.

—No me diga.

—Antes de que acabe el día, ha de estar lleno el ataúd que apareció vacío en la funeraria de Johnson y Johnson.

—Conque le gusta el melodrama, ¿eh?

—Mucho, señor Hamilton... No me pierdo uno cuando me aseguran que es lacrimoso para empapar media docena de pañuelos. Y ahora, dejemos ese tema y pasemos a lo más importante.

—¿Por ejemplo?

—¿Dónde está Clark Dalton?

Hamilton se quedó unos segundos sin habla. Por fin chascó la

lengua.

—Martin, oí decir que usted solucionó muchos casos de homicidio... Por ello, pensé que era un tipo inteligente, pero ya me doy cuenta de que su fama es un bluf... No sé dónde está Clark Dalton. Ni siquiera sé si está muerto...

Duke señaló a Paula Crook.

—¿Lo sabe ella?

—Claro que no.

—¿Qué relación une a ustedes dos?

—Paula es mi empleada.

—¿Qué más?

—Sólo eso, mi empleada. Pero nos casaremos un día de éstos...

Martin se dirigió a la rubia.

—Paula, usted no conocía a Clark Dalton...

—¡No contestes! —dijo Duff con rapidez.

—Usted, Paula, recibió orden de su jefe para ir al funeral y representar aquella comedia...

Paula fue a decir algo, pero Hamilton la atajó con un gesto imperioso.

—¡Te he dicho que no abrieses la boca!

Hubo un silencio.

Duke respiró profundamente.

—Hamilton, nunca me ha gustado que me carguen el muerto... Y en este caso son dos, demasiado peso para mis humildes hombros.

—Fue cuestión suya meterse en este asunto.

—Sigamos hablando de Clark Dalton.

—¡No hay nada que hablar...!

—Será mejor que colabore, Hamilton.

—Está bien, Martin, voy a colaborar con usted. La voy a dar cinco minutos para que abandone esta oficina. Luego, llamaré a la policía. Pero cuando ellos lleguen, les habrá tomado una buena ventaja. Procure conservarla.

—No me gusta el plan.

—No puedo ofrecerle otra alternativa.

—Claro que puede, Hamilton.

—¿Cuál?

—Empiece a escupir todo lo que lleva dentro, y ya sabe lo que quiero decir... Me informará de todo lo que sepa sobre Clark

Dalton, las gemas, Stuart Evans, Gregory Moss, Effie Callaghan...

Hamilton se puso en pie y dio un suspiro.

—Creo que no tendré más remedio que conformarme.

—Es lo que le conviene, Hamilton.

El investigador privado dio una palmada, y una puerta que había al fondo de la sala se abrió dando paso a dos individuos.

Tenían aspecto de antiguos boxeadores.

—Vaya, qué sorpresa —dijo Duke.

—Traté de convencerlo para que se fuese —repuso Hamilton—, pero usted puso las cosas difíciles.

—¿Y ahora qué?

—Estos dos empleados míos se van a encargar de hacerle entrar en razón.

—Deben ser muy convincentes.

—Lo son, Martin. Son algo grande para ese trabajo.

—Entonces, estoy seguro de que estarán deseosos de conocer a un amigo mío que también resulta muy convincente.

Duke dio tina palmada.

La puerta que comunicaba con la sala de espera se abrió y Lou Bates entró diciendo:

—¿Quién pidió un refresco de zarza?

Hamilton se quedó sorprendido, pero luego se echó a reír.

—Eh, Duke, ¿qué intenta con eso?

—Sólo quiero información, Hamilton. Démela y nos marcharemos.

—Al decir eso, me refería a ese fulano con cara de retrasado mental que se trajo.

—Hamilton —repuso Lou Bates—. Si usted supiera quién es su padre me metería con él.

Duff Hamilton lanzó una carcajada.

—Eh, muchachos, el muñeco sabe hablar... —Apretó los dientes mientras agregaba—. ¿Qué estáis esperando? ¡Duro con ellos!

Los dos ex boxeadores exhibieron cachiporras.

Paula Crook soltó un grito.

—Cállate y siéntate, nena —dijo Hamilton—. Veremos el espectáculo desde primera fila de *ring*.

Los dos fulanos ya se habían puesto en marcha.

El más alto había elegido a Duke como víctima.

—Ven, cariñito —le dijo mientras balanceaba la cachiporra—. Quiero presentarte a «Marieta». Da unos besitos que son para no olvidar...

El tipo levantó el brazo y «Marieta», la cachiporra, buscó el mentón de Duke.

Pero Martin ya había saltado, y cuando iba por el aire, clavó la puntera del pie en el hígado del enemigo.

El tipo se puso cárdeno y retrocedió pegando gruñidos.

El hombre que debía castigar a Lou Bates sonrió por la boca.

—Quiero cascarte en la cabeza, tarugo. ¿Sabes para qué? Yo te lo diré. Para sacarte todo el serrín que llevas dentro.

No sabía lo que decía, y se demostró bien pronto.

Levantó la cachiporra para descargarla en la cabeza de Lou, y de pronto se encontró con que Lou en lugar de huir, se abalanzó sobre él.

El tipo no sabría explicar nunca cómo ocurrió aquello porque, de pronto, se encontró dando vueltas por la habitación.

Lou lo había atrapado por una pierna y un brazo y lo estaba haciendo girar para ponerlo en órbita.

Sobrevino el lanzamiento.

El fulano aulló mientras cruzaba el espacio. Por desgracia para él, el espacio estaba limitado por las paredes y fue a chocar contra una de ellas. Oyóse un terrible crujido de huesos y el tipo resbaló sobre el muro hasta caer en el suelo.

Eso coincidió con el golpe de conejo que Martin estaba asestando a su contrincante, después de haberlo hecho doblar con otro en el hígado.

Hamilton se levantó del sofá como un rayo al ver cómo, en pocos segundos, sus empleados habían quedado fuera de combate.

Corrió hacia la mesa.

Martin supo por qué corría. Para sacar una pistola. Por ello no lo dejó llegar hasta el cajón. Detuvo a Hamilton a mitad del camino y le asestó un puñetazo en la cara.

El investigador privado giró como una peonza y se desplomó en la raída alfombra.

No llegó a perder el conocimiento, cosa que Martin habría lamentado mucho.

—¿Va a hablar ahora, Hamilton? —preguntó Martin.

—¡Váyase al infierno!

Lou Bates se escupió en las manos.

—Déjamelo, Duke... Recuerdas, yo soy la fuerza, y tengo ganas de darle unas cuantas pasadas a este buen mozo.

Hamilton corrió a gatas como un ratón.

—¡Dígale que no me pegue, Duke! ¡Párelo!

—Eso va a depender de usted, Hamilton.

—No sé nada, ¿lo oye? ¡No sé nada!

—Cuando quieras, Lou... Es tuyo.

Lou echó a andar hacia Hamilton, que se había detenido en un rincón.

Desorbitó los ojos.

—¡Espere, Duke! ¡Hablaré!

—Vamos, hágalo aprisa. Lou es un tipo que pierde pronto la paciencia...

—Pregunte usted y yo le contestaré.

—¿Quién lo contrató para seguir a Clark Dalton?

—Gregory Moss.

—¿En qué consistía su trabajo?

—En seguir a un hombre que había emprendido un viaje a Oriente. Se llamaba Clark Dalton.

—¿Dónde fue Clark Dalton?

—A Tokio.

—¿Y luego?

—A Seúl, en Corea del Sur.

—No le voy a sacar las cosas con tenazas. Continúe.

—De Seúl, Clark Dalton fue a una aldea llamada Majong Allí vio a un pintor coreano.

—Oh, sí, fue a ver a ese pintor para que le diese una mezcla de pinturas.

—Exacto.

Duke se miró las puntas de las uñas y, en esa posición, dijo:

—Lou, tienes permiso para pegarle un par de puñetazos en la boca.

—Allá voy —dijo Lou Bates.

—¡No pueden pegarme! ¡Estoy diciendo la verdad!

Lou le soltó el primer puñetazo.

Hamilton rodó como una pelota por el suelo. Se levantó

chillando.

—¡Maldita sea! ¿Qué es lo que quiere saber, Martin?

—La verdad. Pero le ayudaré un poco, Hamilton. Consulté las compañías aéreas antes de venir aquí... Clark Dalton nunca viajó a Tokio y usted tampoco lo hizo.

—¿Eh?

—Ya lo oyó. Empiece ahora a contar la verdad.

—Clark Dalton fue a Texas. Al rancho de un tal Appleton.

—De modo que Clark dijo la verdad a su mujer...

—Sí.

—Usted fue a Texas detrás de Clark.

—Sí.

—¿Logró saber algo?

—Ni una palabra. Clark Dalton hizo un viaje normal. Estuvo unos días en el rancho de su amigo, y luego, regresó a Nueva York.

—¿Quién tuvo la idea de inventar que Clark Dalton había ido a Tokio?

Hamilton se mojó los labios con la lengua y miró a Duke atemorizado.

—Se le ocurrió a Clark —contestó.

—¿Qué quiere decir eso?

—Es la mar de sencillo... Pensé que era preferible trabajar para Clark Dalton puesto que él tenía las gemas.

—¿Quién le contó lo de las gemas?

—Yo se lo saqué a Gregory Moss.

—Estamos en que usted se ofreció a Clark Dalton, y él lo aceptó.

—Desde luego.

—¿Y qué hizo Clark al saber que sus tres amigos estaban dispuestos a recuperar las gemas que le correspondían?

—Armó un plan. Se haría pasar por muerto para que sus amigos lo dejaran en paz. Yo debía colaborar con él. Se me ocurrió mandar a Paula al funeral, y a Clark Dalton le pareció bien porque de esa forma distraería a la gente.

—Pero alguien le estropeó la operación. El hombre que hizo las llamadas anónimas.

—Sí, así ocurrió.

—¿Quién llamó a la señora Dalton para decirle que el ataúd estaba vacío?

—No tengo la menor idea... Se lo puedo jurar.

—Quizá fue usted.

—¿Yo? No diga tonterías. ¿Por qué iba a hacer tal cosa? A mí me convenía que todo saliese bien porque iba a cobrar de Clark Dalton.

—También iba a cobrar de Gregory Moss.

—Clark Dalton era mi mejor cliente porque él tenía las piedras.

—De acuerdo. ¿Dónde está Clark?

—No me lo quiso decir... En ese aspecto no se fió de mí...

—Cuando Clark vio que su plan se había venido abajo, se puso a matar a sus antiguos compañeros.

—Debe haberse vuelto loco...

Duke Martin se quedó pensativo y finalmente dijo:

—Un consejo, Hamilton. Si Clark se pone en contacto con usted, dígaselo a la señora Dalton.

—Así lo haré.

—Vámonos, Lou. Ya no tenemos nada que hacer aquí.

—¿Quién ha dicho que no? —dijo Lou y pegó un puñetazo a uno de los matones que había recuperado el conocimiento.

El ex boxeador se durmió de nuevo.

Duke pasó junto a la rubia Paula y le palmeó la mejilla.

—Nena, para ti también hay un buen consejo. Búscate otro empleo.

—Gracias, abuelito.

—No hay de qué.

—¿No tiene por casualidad vacante el puesto de secretaria?

—Cariño, yo no tengo secretaria. Pero si algún día pienso tenerla, te buscaré... para que me lleves al túnel del amor.

Los dos amigos, Luke y Lou, salieron de la oficina del investigador privado.

CAPÍTULO XII

—Tengo hambre, Duke.

—Ya comerás.

—Hace mucho tiempo que no como y mi estómago no lo puede soportar...

—Hemos de aclarar cuanto antes este caso.

—Ya está solucionado y, como siempre, la policía lo deberá a ti... Fue ese Clark Dalton el que se cargó a sus compañeros para quedarse con los pedruscos...

—Hay que dar con él, Lou.

—Oye, ¿no será mejor que le dejases algún trabajo a los polis...? Se me ocurre una idea.

—¿Cuál, Lou?

—Llamaré a la policía y preguntaré por el sargento Flagg. Para que no identifique mi voz, cubriré el micro con un pañuelo... Ingenioso, ¿verdad, Duke?

—Mucho, Lou.

—Le diré que su hombre es Clark Dalton y que, cuando lo atrape, habrá solucionado los dos asesinatos, y que lo mejor que puede hacer con Clark Dalton es meterlo en el ataúd que le corresponde.

Estaban corriendo en un taxi.

—Ya llegamos —dijo el conductor.

—Pase de largo, amigo.

—Como quiera.

El coche siguió corriendo, hasta que Martin ordenó que se detuviese. Pagó el importe y los dos amigos salieron del vehículo.

—¿Por qué le dijiste al conductor que pasase de largo, Duke? —inquirió Lou.

—Porque vi a Timothy Flagg en la puerta del edificio donde quiero entrar.

—¡No, Duke...!

—Sí, muchacho, allí está como un perro vigilante.

—Eso quiere decir que el sargento conoce tu plan.

—Fue la mar de simple para él porque con quien quiero hablar es con Doris Dalton.

—Está bien, ya hablarás con ella en otra ocasión.

—Ha de ser ahora, Lou.

—Pero el sargento te pondrá las esposas en cuanto te vea...

—Cuando yo entre en el edificio —él ya no estará allí.

—¿Por qué no?

—Tú te vas a encargar de ese trabajo.

—Oh, no, Duke, no me pidas eso, no lo haré...

—Vas a representar sólo una comedia.

—No resultará, soy muy mal actor, ni siquiera sé imitarte, siempre lo estropeo... No debes confiar en mí, Duke...

* * *

El sargento Flagg estaba muy furioso. Admitía que Duke Martin se le pudiese escapar, pero el hecho de que también se le hubiese escapado Lou Bates, era demasiada humillación para él. Incluso había llegado a pensar en pedir el retiro. Pero estaba seguro de que Duke Martin iría allí, al apartamento de Doris Dalton. Era lógico que así fuese, porque Duke Martin jamás abandonaba un caso después de haberlo iniciado.

—¿Me da fuego, sargento? —dijo una voz interrumpiendo sus pensamientos.

—Desde luego, amigo —contestó Flagg y sacó una caja de fósforos que alargó... al mismísimo Lou Bates.

—Gracias, sargento —dijo Lou. Sacó un fósforo y encendió un cigarrillo.

El sargento miraba a Lou con la boca abierta, como si fuese una aparición.

—¿Es usted, Lou...?

Bates miró a su espalda como si quisiese cerciorarse de que el sargento estaba hablando con él.

—Usted me debe confundir con mi hermano gemelo, sargento... Verá, yo soy Jeremías Bates, y mi hermano es Lou Bates... Somos iguales, nacimos el mismo día, pero no a la misma hora... Mi hermano es mayor que yo en tres minutos...

—¿También visten igual?

—Yo le digo a Lou dónde debe comprar los trajes. De esa forma se ahorra la factura porque el sastre me lo carga a mí todo.

—¿Cómo sabe quién soy yo?

—Lou me habló mucho de usted y me lo describió... Por cierto que me dijo que es usted un policía que da pena.

—¿Cómo...?

—Lou asegura que se podría cometer ante usted un asesinato y jamás lo descubriría. Tiene gracia ese Lou... Justamente voy a despedirlo.

—¿Sí...? ¿Adónde va...?

—Viajará en un camión de pescado hasta Chicago.

—¿Sólo?

—Completamente solo. El y su amigo Duke Martin han peleado. Cada uno se va por una parte. Bueno, sargento, le daré recuerdos a Lou de su parte.

Lou hizo un saludo con la mano y echó a andar con rapidez.

—Espere un momento —gritó Flagg—. ¿Cree que me la va pegar?

Lou echó a correr.

El sargento rugió como un animal de la selva.

—¡Alto, Lou...! ¡Maldita sea...! ¡Es el cuento más burdo que me han contado en mí vida...! ¡Sé que es usted, Lou...!

Flagg se lanzó en persecución de Bates.

Por el otro lado de la calle, llegó Duke Martin y se metió en la casa.

Poco después, llamaba al timbre del apartamento de Doris Dalton.

Le abrió la hermosa pelirroja.

—¡Señor Martin...!

—Hola, Doris... Cierre —contestar Duke pasando al interior.

—La policía lo persigue. El sargento Flagg estuvo aquí hace un momento.

—Flagg se marchó ya. Ande, deme un *whisky*.

La joven se fue al mueble bar y, mientras preparaba el *whisky*, preguntó:

—¿Por qué no me llamó por teléfono cuando supo que Stuart Evans y Gregory Moss habían sido asesinados?

—No me dieron tiempo.

—El sargento dijo que usted era un cómplice de Clark y que los dos irían a la silla eléctrica.

—Por fortuna, el sargento casi siempre se equivoca.

—Quizá se equivoque con respecto a usted, pero acertará con respecto a Clark.

—Eso fue lo que dijo Duff Hamilton.

—¿Quién es Duff Hamilton...?

—El investigador privado que Stuart, Gregory y Effie contrataron para que siguiese a su marido en su supuesto viaje a Oriente.

—¿Supuesto...?

—Su marido le dijo la verdad. El viajó a Texas, al rancho de su amigo.

La señora Dalton se acercó a Duke y le alargó un vaso.

Martin bebió un trago y dijo:

—Tampoco Clark la engañó con Paula Crook.

—¿Qué?

—La rubita trigueña ni siquiera conocía a su marido.

—Entonces, ¿por qué hizo aquello en el funeral?

—Paula seguía instrucciones de Duff Hamilton.

—Entonces, es una confabulación contra Clark.

—Según Hamilton, fue Clark quien lo organizó todo.

—Es absurdo... ¿Cómo iba a preparar su supuesta muerte y luego pedir que se abriese el ataúd para comprobar que estaba vacío...?

—Esa llamada anónima para que abriesen el ataúd fue hecha por otra persona. Entonces Clark, viéndose descubierto se decidió a matar.

—No lo puedo creer... Ya le dije que Clark no es un asesino...

En aquel momento, sonó el timbre del teléfono.

La señora Dalton no hizo nada por descolgar el auricular.

—¿Qué le pasa...? ¿Es que no va a contestar? —dijo Martin.

—Tengo miedo.

—Tiene miedo de que sea Clark.

—Sí...

—Entonces, lo tomaré yo.

El teléfono seguía sonando.

La señora Dalton movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Está bien. Conteste usted.

Duke tomó el auricular.

—¿Sí...?

—¿Quién habla...?

—Un amigo de la señora Dalton.

—Dígame su nombre...

—No sigue las reglas del juego, amigo. Primero ha de identificarse usted.

—Soy Clark Dalton.

—Ya lo suponía.

—¿Es usted Duke Martin?

—Acertó.

—Está bien, Martin. Quiero hablar con mi mujer.

—Antes va a hacerlo conmigo.

—No tengo nada que decirle.

—Se equivoca. Tiene mucho que decir.

—Oiga, Martin, se metió en esto por testarudez. Abandone el caso antes de que sea demasiado tarde para usted.

—Eso resulta chistoso. ¿Quiere que abandone ahora que me han cargado dos muertos...?

—Le van a cargar tres.

—¿A quién va a matar, Clark? ¿O ya hizo el trabajo?

—No, todavía no. Pero lo mataré de un momento a otro.

—Diga el nombre de una vez.

—¿No lo sabe...?

—Sí, creo que sí. Va a eliminar al último de la lista. A Effie Callaghan.

—Bravo, señor Martin.

—Está chiflado, Clark... Llegó amnésico de la guerra de Corea, y trataron de curarlo. Pero su verdadero puesto estaba en un hospital de enfermos mentales y nunca debió salir de allí...

—Cuando mate a Effie, descansaré.

—Es posible que descanse en una hermosa sepultura... Pero

dígame, ¿está Effie con usted...?

—Sí, señor Martin. Lo tengo atrapado. No hace falta que se moleste en buscarlo en su apartamento porque no lo encontrará.

—Si está decidido a matar por tercera vez, ¿por qué diablos quiere hablar con su mujer...?

—Es necesario.

—Muy bien, Clark... Va a hablar con ella.

Duke alargó el teléfono a Doris y ésta lo tomó con mano temblorosa.

—Soy Doris.

—Hola, querida.

—Clark, ¿dónde estás...?

—¿Qué importa donde esté...?

—No hagas nada, Clark...

—Ya no puedo detenerme...

—Clark, tú eras tina buena persona, no puedes haberte convertido en un criminal...

—Lo siento, nena. Pero las circunstancias me obligaron.

Se interrumpió la comunicación.

—¡Clark...! —gritó Doris—. ¡Clark...! ¡Ha colgado!

Dejó el auricular en la horquilla, se cubrió la cara con las manos y se puso a sollozar.

—Todos tenían razón —dijo—. Clark es el asesino... Va a matar ahora a Effie Callaghan... Ha de hacer algo por impedirlo, señor Martin.

—Llamaré a la policía.

En aquel momento se abrió la puerta bruscamente y Lou Bates entró dando trompicones.

Eso era debido a que había sido empujado por el sargento Flagg desde el corredor. Con ello no terminó el número de visitantes, ya que detrás del sargento penetró el teniente Clem Hunter, el superior de Flagg.

—¿No te lo dije, Duke? —rezongó Lou compungido—. Nunca hago bien nada... Pero debo decirte enseguida que no me cazó el sargento Flagg. Fui a tropezar con el teniente Hunter... ¿Ves como soy un tipo con mala suerte...?

El sargento Flagg alzó el brazo y sonrió victoriosamente apuntando a Martin.

—Aquí lo tiene, teniente. Es el cómplice de Clark Dalton. Estoy seguro de que sólo Duke pudo cargarse a Gregory Moss.

—Teniente —repuso Martin—. Si usted cree al sargento, empezaré a pensar que tenemos la peor Brigada de Homicidios del país...

Clem Hunter, se rascó una patilla.

—¿Cuántas veces le he dicho que se aparte de mi camino, Martin?

—Algunas.

—Muchas, diría yo.

—Pero, teniente, yo no tengo la culpa de que las cosas se me enreden.

—Es usted quien las enreda, Martin.

—Le voy a probar lo contrario, teniente.

El sargento chilló:

—¡No le haga caso, teniente...! ¡Va a contar una fábula...! ¡Seguro que la va a contar...! ¡Y apuesto doble contra sencillo a que lo que quiere es salir de aquí en libertad...!

—Ha acertado, sargento —cabeceó Martin—. Ustedes necesitan que yo esté libre para capturar al asesino.

—¿No se lo dije, teniente...? ¿No se lo dije...? ¡Ya lo está enredando a usted también!

—Silencio, sargento.

Flagg fue a decir algo más pero chascó los dientes pegando un mordisco.

El teniente Hunter dio un suspiro.

—¿Qué tiene que decirnos, Martin?

—Como a mí no me va a creer, será mejor que se lo diga la señora Dalton.

La pelirroja había dejado de sollozar, aunque continuaba enjugando unas supuestas lágrimas.

—Hable, señora Dalton —dijo el teniente Hunter.

—Mi esposo se dispone a matar por tercera vez.

—¿A quién va a matar?

—A Effie Callaghan.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Clark me lo dijo hace unos minutos.

El sargento Flagg sacó el revólver y echó a correr hacia la

habitación del fondo.

—¡Dese por detenido, señor Dalton...! ¡Queda arrestado en nombre de la ley...!

—¿Pero qué hace ese loco, teniente? —dijo Martin.

El sargento frenó ante la puerta que comunicaba con el dormitorio.

—La señora Dalton acaba de decir que su marido está aquí.

—No, sargento, no dijo eso —repuso Duke—. Su marido le habló por teléfono.

El sargento Flagg hizo una mueca de tristeza pero de pronto sus ojos chispearon y apuntó a la señora Dalton.

—¡No podemos creerla, teniente...! ¡Ella es la esposa del asesino...! ¡Todos están confabulados...! Hemos de llevarlos a la comisaría... A Clark Dalton, a Doris Dalton, a Duke Martin, a Lou Bates...

—Al presidente Johnson —dijo Bates.

—Al presidente Johnson —repitió Flagg—. ¡Maldita sea, Lou...! ¡No me interrumpa...!

—¿Quiere callar ya, sargento? —dijo el teniente Hunter.

—Pero ella acaba de confesar...

—Sí, la señora Dalton ha confesado que recibió una llamada de su marido anunciando que va a matar a Effie Callaghan y eso no prueba en absoluto que ella sea cómplice del asesino, sino todo lo contrario... La señora Dalton nos quiere ayudar.

Duke intervino:

—Gracias por su comprensión, teniente.

—¿Qué se le ocurre, Martin?

—Si me deja una hora en libertad, usted cerrará el caso, teniente.

El sargento se puso a dar saltos y a gritar.

—¡Ya salió, teniente...! ¡Se lo advertí...!

—Le dije que cerrase el pico, Flagg.

—¿Es que le va a hacer caso, teniente?

—Lo pensaré.

Todos quedaron en suspenso mientras el teniente reflexionaba.

Finalmente, Hunter dijo:

—No puedo fiarme de usted, Martin... Usted y su amigo quedan detenidos.

El sargento Flagg sonrió triunfalmente.

—Teniente, acaba de hacer una gran jugada, y yo diría que la mejor de su vida.

—Sargento, vigílelos mientras yo hablo con la señora Dalton en privado.

—Descuide, teniente, si alguno se mueve, se lo haré pagar.

Hunter tomó a la joven del brazo y los dos desaparecieron en la habitación del fondo.

Cuando Duke quedó a solas con Flagg y Lou, dijo:

—Bueno, sargento, al fin se salió con la suya. Nos detuvo como usted deseaba desde hace mucho tiempo.

—Eso debe demostrarle que yo nunca me equivoco...

—No cante victoria. Recuerde que otras muchas veces nos tuvo en sus manos y siempre nos escurrimos.

—Esta vez no podrán escapar —contestó el sargento desafiante.

Lou levantó los dos puños.

—¿Por qué no guarda el revólver y arreglamos esto como les hombres, sargento?

—Calle, rinoceronte.

—Usted mucho presumir, pero no se atreve a enfrentarse conmigo.

—Es un bocazas, Lou... ¿Cree que un sargento de la policía puede pelear con un cómplice de asesinato...? Usted es un ignorante. Pero tengo que darle una buena noticia. En la cárcel hay una magnífica escuela donde enseñan a los reclusos lo que no aprendieron de pequeñitos.

Martin se echó a reír.

—Caramba, sargento, no sabía que poseyese un sentido del humor tan fino...

—Haré mejores chistes cuando los dos estén a la otra parte de la reja.

—Admito que es su gran día. ¿Puedo fumar...?

—No mueva las manos... Yo le daré un cigarrillo.

—Como quiera. También será bueno.

El sargento sacó con la mano libre un paquete de cigarrillos y lo tiró a Martin.

Pero Duke anduvo torpe y no llegó a alcanzar el paquete que cayó en el suelo.

Se agachó para tomarlo.

Entonces atrapó con las dos manos el extremo de la alfombra y se levantó dando un tirón fuerte.

El sargento Flagg se fue al suelo lanzando un grito.

—¡A correr, Lou! —dijo Duke.

Los dos amigos salieron disparados del apartamento.

Y poco después, cuando llegaron a la calle, continuaron corriendo con más velocidad.

CAPÍTULO XIII

Duke Martin apretó el timbre del taller.

No había ninguna luz en las ventanas ni tampoco se filtraba por debajo de la puerta metálica.

Sin embargo, llamó de nuevo insistentemente.

Entonces oyó pasos a la otra parte.

—¿Quién es? —Oyó una voz.

—Abra, es urgente.

—Ya cerramos él negocio.

—Oiga, amigo, tuve una avería en el coche. Está cerca de aquí...

—Busque otro, taller.

—No hay otro en los alrededores, y éste es el que yo conozco. Oiga, hay cinco dólares para usted.

El hombre que estaba al otro lado de la puerta titubeó.

—Tengo mucha prisa —machacó Martin—. Mi mujer va a dar a luz esta noche.

—Espere.

Se oyó el chirrido de una llave en la cerradura y luego la pequeña puerta quedó abierta.

Martin se metió dentro empujando a un hombre de unos cuarenta años, de mediana estatura, que se cubría con un mono de trabajo. Tenía una llave inglesa en la mano derecha.

—Eh, ¿por qué entró...? El hombre había iluminado el taller.

Duke vio tres coches. Uno de ellos era un bólido de carreras con el número 54.

—¿Dónde está su patrón...?

—No está aquí... ¿Para qué lo quiere?

—Para hablarle de la avería.

—No necesita al patrón para hablar de la avería. Soy yo el que

la va a arreglar... Ande, salga y lléveme donde está su auto.

—No hay auto.

—¿Cómo?

—Tampoco hay avería...

El empleado levantó la mano en la que portaba la llave inglesa.

—Es un bromista, ¿eh?

—Sí, voy gastando bromas por ahí a los tipos que tienen algo que esconder...

—Eh, oiga, creo que está chiflado. Pero no voy a discutir, lárguese antes de que le rompa la cabeza.

—Sea buen chico y lléveme donde está su patrón.

—Si no sale por las buenas, lo va a hacer por las malas.

El empleado bajó el brazo armado.

A Duke le resultó fácil burlarlo porque esperaba el golpe, luego lo tomó por la muñeca y le aplicó una llave de judo.

El tipo voló por el aire y se estrelló contra el suelo.

En ese momento entró Lou y dijo:

—¿Necesitas ayuda?

—No. Todo resultó bien.

El empleado había quedado tendido, semiinconsciente.

Martin vio un cubo de agua al lado del bólido de carreras, y volcó su contenido sobre la cabeza del tipo, el cual se recuperó ahogándose, soltando maldiciones.

Miró a Martin con ojos de odio.

—Ya entiendo, esto es un atraco, pero se equivocaron de sitio, amigos.

—¿Tú crees...?

—El patrón se llevó todo el dinero de la caja y yo tengo apenas tres dólares.

—¿Cuál es tu nombre?

—Danny.

—Está bien, Danny. Hemos venido por otra cosa.

—Imagino que no serán tan locos de llevarse un coche.

—Tampoco es eso. Queremos hablar con tu patrón...

—Les diré dónde lo pueden encontrar.

—¿En dónde?

—En su apartamento.

—No, Danny, no está allí.

—Demonios, entonces no sé dónde pueda estar.

—¿De veras no lo sabes...?

Danny se puso en pie haciendo chascar los dedos.

—Ya lo tengo. Mí jefe se fue al cine con su rubia... Ahora recuerdo que lo dijo... Iba a ver una película en un cine del centro... Esa que tiene tanto éxito y que le han dado muchos Oscar... *My Fair Lady*...

—Danny, te vas a ganar un puñetazo extra.

—¿Por qué dice eso...?

—Porque rió estás diciendo la verdad.

—Ya le dije dónde puede encontrar al patrón.

—Tampoco se fue al cine... Sé que está aquí, en este taller.

—Oigan, no quiero peleas con ustedes... De modo que si dicen que él está en este taller, pueden buscarlo... Anden, no se queden quietos... La oficina está allí... ¿O prefieren que les muestre yo el camino...? Sí, creo que será lo mejor.

Fueron hacia el fondo del taller, donde había una pequeña habitación acristalada.

Danny dio vuelta al conmutador de la luz.

Duke vio dos mesas, unas sillas, una pequeña caja de caudales, pero ninguna persona.

—¿Están conformes ahora? —dijo Danny.

—No, no lo estamos.

Danny se frotó la muñeca por donde Martin lo había volteado.

—Oiga, ¿pero qué es lo que quieren...?

—Que nos lleves hasta el lugar donde está tu jefe... y no vuelvas a repetir que no lo sabes... En este taller debe haber algún escondrijo secreto, un sótano o algo así...

—Oigan, esto es un taller de reparaciones de automóviles y no una fábrica clandestina de billetes. No hay sótano.

—Vamos al agujero donde engrasáis los coches.

—Está ocupado por un coche.

—Es igual, vamos allí.

—Como ustedes quieran, pero tampoco allí encontrarán al patrón... Creí que era un chiflado, pero ahora me doy cuenta de que son dos.

Bajaron por una escalera muy empinada.

—Bien venidos, muchachos —dijo una voz.

Venía del rincón del fondo.

—No haga nada, Martin, y esto sirve también para el elefante de su amigo.

—Eso que me ha dicho de elefante, se lo voy a hacer tragar, hijo de perra —contestó Lou.

Duke tomó a Bates por el brazo.

—Estate quieto, Lou... El señor Callaghan es un hombre la mar de correcto...

—Pero tiene una pistola en la mano y no me gustan los tipos que las manejan.

Effie Callaghan esbozó una sonrisa.

—Ande, venga acá... Tú, Danny, ¿qué clase de estúpido eres?... ¿Por qué abriste la puerta?

—Creí que era un hombre que tenía el coche averiado.

—Quizá la culpa sea mía... Debí advertirte que el señor Martin es un hombre con muchos recursos.

Duke hizo una reverencia de agradecimiento.

—Callaghan —dijo—. ¿Vamos a estar aquí todo el rato...? Me gustaría mucho ver a Clark Dalton.

—Llegaron muy a tiempo. Todavía le pueden echar un vistazo.

—Eso quiere decir que aún no lo mató.

—Era demasiado temprano y quise comer algo.

—Comprendo... Si le hubiese saltado la tapa de los sesos, corría el peligro de perder el apetito.

—Eh, señor Callaghan —intervino Lou—. ¿No le ha quedado ningún muslito de pollo para mí...? Estoy muerto de hambre.

Callaghan se echó a reír. Sus ojos miraban fría y despiadadamente.

—¿Dónde tienes la pistola. Danny?

—Aquí, señor Callaghan —dijo el empleado y la sacó de un cajón de herramientas.

—Registra a mis dos invitados.

—No llevamos armas, Callaghan —contestó Duke.

—Pero ustedes me van a permitir que me cerciore —sonrió Effie—. No me gustaría que me estropeasen la combinación ahora que voy a terminarla de una vez por todas.

Danny registró a los dos amigos.

—Dijeron la verdad, señor Callaghan. No llevan ni una lima.

—Entonces, ya pueden entrar en ese compartimiento secreto cuya existencia usted adivinó, Martin.

Así diciendo, Effie retrocedió hasta una pequeña puerta.

Lou y Duke no tenían escape de momento, ya que Danny los apuntó con su arma por detrás.

Entraron en una habitación.

Sobre un camastro había un hombre inmóvil, que tenía las manos atadas a la espalda.

En su cara mostraba las huellas de haber sido golpeado recientemente. Su ojo derecho estaba negro, y también tenía el labio partido. En su camisa habían manchas de sangre.

—Al fin conozco a Clark Dalton —dijo Duke.

—Ahí lo tiene en carne y hueso... antes de convertirse en cenizas —rió Effie.

—Será la segunda vez que lo quieran meter en un horno.

—No, amigo. La primera vez el ataúd estaba vacío. Qué cosa tan curiosa, ahora lo quemaremos sin necesidad de caja.

—Effie, ¿no cree que ya mató bastante...?

—Matar no significa nada.

—¿Usted cree que no...?

—Entre el ser y el no ser apenas existe diferencia. Pero no voy a hablarles a ustedes de filosofía. Quiero comer tranquilo... Ustedes se van a estar quietos en el camastro, junto a Clark Dalton... ¡Danny...!

—Diga, jefe.

—No dejes de apuntarles con la pistola. Al que se levante, le metes un tiro y luego le haces la pregunta de por qué se movió.

—Sí, señor... Ya lo han oído, muchachos, al camastro, y al que se mueva, lo aso antes de tiempo.

Lou Bates apretó los maxilares.

—Oiga, Callaghan, ¿por qué no deja demostrarle la diferencia que existe entre el respirar y el no respirar...? Me bastará con estas dos manos.

—Cierre el pico, diplodocus.

Martin llevó a su amigo hasta el camastro para evitar que replicase de nuevo a Callaghan.

Se sentaron al lado de Clark Dalton, el cual abrió los ojos.

—¿Es usted Duke Martin?

—Yo soy —contestó Duke.

—¿Por qué se dejó atrapar...? Usted era mi única esperanza.

—No se preocupe, Clark. Todo saldrá bien.

Callaghan soltó una risita.

—Nada podrán hacer ustedes. Lo arreglé todo bien para que Clark cargase con la culpa.

Dalton se pasó la lengua por los labios hinchados.

—Effie está loco, señor Martin. Lo está desde que se apoderó de las piedras, allá en Corea...

—¿Cuándo se hizo cargo de ellas?

—La noche en que me hicieron prisionero. Effie y yo fuimos a parar al mismo hoyo... Teníamos que retirarnos de allí. Minutos antes yo había dado la orden, pero quise quedarme el último... Effie dijo que se quedaría conmigo... No supe lo que tramaba... De pronto, me golpeó en la cabeza y me dejó sin sentido... Cuando desperté me encontré solo... Me faltaba la mochila. Ya no tenía las gemas conmigo... Entonces comprendí lo que Effie había hecho... De nada me sirvió saberlo porque, al cabo de unos minutos, me atraparon los norcoreanos... Cuando me llevaban al campo de concentración sufrimos un ataque de nuestros propios aviones. Fue entonces cuando perdí la memoria.

—¿Cuándo la recuperó?

—Hace unos días, cuando estaba en Texas, en el rancho de mi amigo Appleton.

—Pero antes se había visto muchas veces con Gregory Moss, Stuart Evans y Effie Callaghan, sus antiguos compañeros.

—No los había reconocido nunca. La memoria me falló siempre. Teniendo en cuenta lo que habían dicho de las gemas, inventé una historia que podía ser verdad. Al caer prisionero, un oficial se había hecho cargo de las piedras. Pero ellos insistían una y otra vez en que yo me había quedado con el tesoro... Cuando recuperé la memoria en el rancho de Appleton, cometí un grave error.

—Llamó a Effie.

—Sí. Llamé a Effie por teléfono y le dije que debía prepararse para darme explicaciones, y que yo lo olvidaría todo si tenía preparada la parte que nos correspondía a Stuart, Gregory y a mí. Me contestó que estaba de acuerdo, pero que necesitaba unos días para hacer las partes... Fui un estúpido al confiar en él, porque lo

único que hizo fue preparar mi muerte.

Effie estaba comiendo un plato de carne y lo hacía con mucha satisfacción dirigiendo sonrisas al camastro donde estaban sus prisioneros.

—Fue un buen plan, Effie —dijo Duke—. Demasiado complicado, pero muy bueno.

—Gracias.

—Primero simulaba la muerte de Clark, después lo resucitaba y se ponía a matar a los otros. Naturalmente, mientras hacía su trabajo de eliminación, retenía a Clark prisionero para que la policía creyese que el asesino era Clark.

—No crea que fue fácil.

—No, imagino que no... Pero dígame, ¿cuál va a ser el último número...?

—Usted lo sabe.

—Oh, sí, su llamada a la señora Dalton.

—A la cual contestó usted.

—Yo nunca había oído a Clark, pero la señora Dalton sí.

—Sé imitar las voces y la de Clark fue fácil de hacerlo.

—Entiendo, Effie. Usted matará a Clark y luego dirá que él vino aquí a asesinarlo, pero que usted le sacó ventaja.

—Hermoso, ¿verdad...?

—¿Dónde están las piedras...?

Effie señaló un cofre que había en lo alto de un armario, a su espalda.

—Allá arriba.

—¿Cuánto gastó?

—Lo suficiente para vivir bien. Me busqué la excusa de corredor de bóldos para recorrer el país, y de vez en cuando viajo a Europa...

—Lleva una doble vida, ¿eh?

—Eso es. Pero ahora no necesitaré esconderme de nadie. Gregory y Stuart están muertos... También morirá Clark. Disfrutaré del tesoro del templo de Tai-Tsung sin limitaciones.

—¿Qué hay de nosotros, de Lou y de mí?

—También van a morir.

—¿Y cómo justificará nuestras muertes...?

—Usted acabó de facilitarme las cosas. La policía sospecha que

ustedes ayudan al asesino, a Clark... Voy a ser un héroe porque terminaré con el criminal y sus dos cómplices de una sola sentada.

—Ha perdido el juicio si cree que la policía se va a creer eso.

—En este país se condena con pruebas. No existe ninguna contra mí. Todas apuntan a Clark y a ustedes dos.

—Vaya, parece que hay que darle la enhorabuena.

—Yo la acepto muy reconocido.

—¿Quién era Brix, el supuesto oficial de policía de Union City?

—Un tipo que me ayudó a cambio de cien dólares.

Martin observaba por el rabillo del ojo a Danny, esperando que se distrajesen en cualquier momento.

Effie Callaghan continuaba comiendo y tenía la pistola al lado, sobre la mesa.

Lou cometió una locura. Se lanzó sobre Danny lanzando un grito apache.

Danny apretó el gatillo, pero lo hizo ya cuando aquel bólido de noventa kilos había caído sobre él.

Effie Callaghan pegó un salto y su mano buscó la pistola.

Duke estaba cruzando la estancia como una centella.

Tuvo la impresión de que el tiempo se había detenido o de que formaba parte del equipo que su país había enviado a la Luna, donde los movimientos eran lentos por ser mucho menos perceptible la ley de la gravedad.

Pero estaba en la Tierra y la ley de la gravedad se Impuso. Así lo reconoció Effie Callaghan al recibir el puño derecho de Martin en la cara.

Pero ahí no terminó la cosa para Effie porque Duke tenía otro puño, el izquierdo, que también fue a chocar contra su sien.

Tuvo ya bastante para perder el conocimiento.

El teniente Hunter y el sargento Flagg entraron en si recinto seguidos de dos agentes.

—Tardaron mucho, teniente —dijo Martin.

—No quisimos entrar hasta que usted hubiese solucionado el asunto. ¿Por qué cree que lo dejé escapar...?

—Pues ya tiene el paquete listo, teniente. Sólo les falta detener a Duff Hamilton, el cómplice de Callaghan.

Lou se frotó las manos, acercándose a Clark Dalton, al que ya habían desatado.

—Bueno, señor Dalton. Se libró usted del ataúd aunque habrá muy pronto otro que lo llene. Pero no hablemos de los muertos, sino de los vivos. Espero que cumpla usted lo que un amigo suyo pactó. Ya sabe lo que quiero decir. Nos corresponde un diez por ciento da las gemas.

—Desde luego, señor Bates. Pueden contar con ello.

—Eh, Martin, ¿qué vamos a hacer con tanto dinero? —preguntó Lou.

—Al fin se va a cumplir mi sueño.

—Ya entiendo. Montaremos nuestra propia oficina de Asuntos Varios.

—Seguro, Lou.

El sargento Flagg se puso a gritar.

—¡No lo deje, teniente...! Si pagan su matrícula como Agentes de Asuntos Varios saldrán a un lío por día, y por cada lío aparecen no menos de tres cadáveres...

El teniente Hunter dio un suspiro.

—Flagg, si se vuelve a meter con estos muchachos, supongo a dirigir el tráfico.

Los dos amigos cambiaron un apretón y se echaron a reír.

Entonces, Lou dijo:

—Duke, mi estómago no lo puede resistir más.

Martin sacó su libreta de anotaciones y dijo:

—De acuerdo, Lou. Comeremos faisán, caviar y champaña... Llama por teléfono a Elizabeth y a Lilian. Esta soche la fiesta será sonada...

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).